

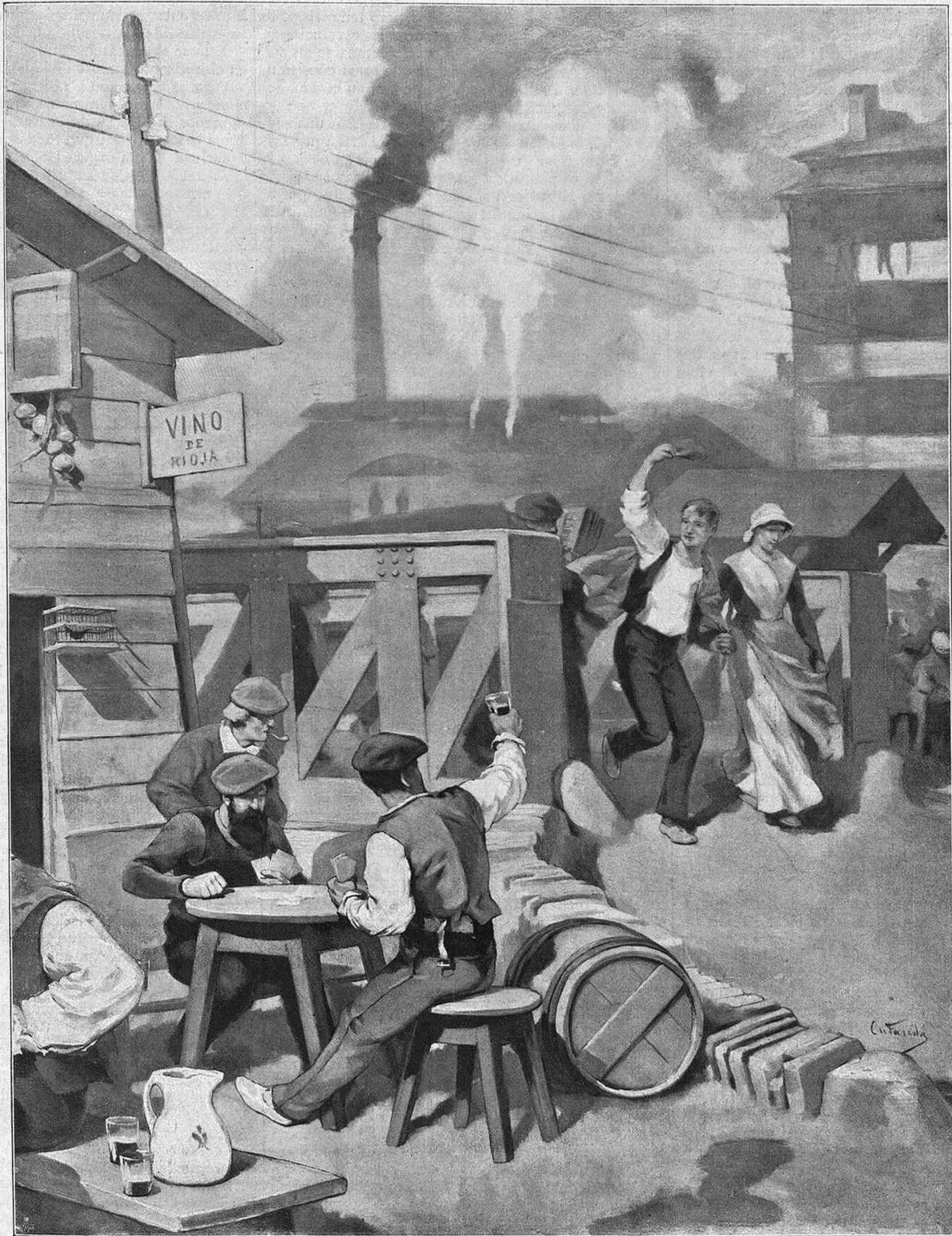
La Ilustración Artística

AÑO XVIII

BARCELONA 22 DE MAYO DE 1899

Núm. 908

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TARDE DE DOMINGO, dibujo original de Vicente Cutanda

SUMARIO

Texto.—*Murmuraciones europeas*, por Castelar. — *Fantastías*, por M. Amor Meilán. — *Méjico. XXIII Exposición de Bellas Artes*, por el Dr. J. Nansen. — *La buena fama*, por A. Sánchez Pérez. — *Crónicas andaluzas. Corrales y cigarrerías*, por J. G. y Pérez. — *Nuestros grabados. En el fondo del abismo*, novela. — *Luis Cerebotani y la telegrafía*. — Libros.

Grabados.—*Tarde de domingo*, dibujo de V. Cutanda. — *D. Román S. de Lascarain*. — *D. Eduardo Luque Aicardy*. — *Encuentro feliz*. — *Edipo y Antígona*. — *Limosna*. — *Santa Cecilia*. — *Ferrocarril de Cuernavaca*, cuadros de la Exposición de Bellas Artes de Méjico. — *Delante del templo de Cupido*, cuadro de Diana Coomans. — *Un corral*. — *En el puente de Triana*, dibujos de S. Azpiazu. — *Guerra de Filipinas*, cinco grabados. — *¡Lo cogimos!*, cuadro de V. Irolli. — *Pedro III de Aragón en el collado de las Panizas*, cuadro de M. Barbasán. — *Luis Cerebotani*. — Figs. 1 á 5. Instrumentos de telegrafía. — *Paisaje*, cuadro de Hermán Hartwich.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Política europea. — Combinaciones diplomáticas en Asia y en África. — Arreglos en la cuestión de China entre Rusia é Inglaterra y arreglo entre Inglaterra y Francia en la cuestión del Sudán. — Falta de respetos, así al sultán bizantino como al emperador celeste. — Profundo disgusto de Italia. — Justificación de este disgusto. — Los piamonteses. — Conclusión.

El asunto puesto de relieve por el interés público es la conferencia holandesa, donde todos los Estados tratarán del desarme y del arbitraje. Se necesitaría sumo candor para suponer la solución de tales problemas por lo más estacionario y por lo más apegado á los viejos hábitos, por un diplomático burócrata congreso, incapaz, no ya de resolver, de mejorar siquiera nuestras enfermedades sociales, cuando estos representantes de poderes absurdos las enconan y las agravan á diario. No está la desesperación entre mis achaques. Optimista por naturaleza y gracia, creo en la libertad universal, y espero que la libertad universal nos granjeará la perpetua paz. Mas como no se trata de un problema social á estudiar, se trata de un problema social á resolver, digo que si el desarme hoy entra en la categoría de lo posible, la categoría de lo imaginable; no entra en la categoría de lo oportuno, la categoría de lo cumplible y realizable. Cuando yacen palpitantes en el Atlántico nuestras dos Antillas víctimas de la guerra más injusta que han conocido las edades históricas; cuando el humo de los incendios asombra el claro cielo de Filipinas; cuando hemos estado á punto de trabar el más espantoso conflicto terráqueo por China y por Samoa; cuando el candiote muestra sus labios ennegrecidos por la pólvora y el suelo de Grecia tiembla por los nuevos desastres que ha sufrido el derecho en los clásicos adversos campos de Farsalia; cuando el engrandecimiento colonial genera futuras batallas sin medida ni número; cuando cada Imperio aumenta el dispendio de fuerza y el derroche de dinero en materias bélicas, paréceme verdadera burla tratar del desarme y del arbitraje, naturalísimos generadores de la paz, entre los dicharachos y las blasfemias de mutuas amenazas y las siniestras vibraciones de innumerables armamentos. El ejemplo de Inglaterra debe presentarse á los incautos como se presentaba el ejemplo de los ilotas ebrios á la juventud espartana. Esta nación, á quien las varias gestiones de Gladstone hicieran rica y colocaran en un desahogo tan saludable, como quiera que mientras escribía notas á Petersburgo sobre desarme, armaba buques y más buques, se halla en estado tal que ha debido disminuir las amortizaciones de sus deudas y presentar sus recientes presupuestos con un crecido déficit, cuando ha poco los cerraba con sobrantes y disminuía en meditada progresión sus obligaciones.

Y eso que parece pasar un aura benéfica de paz por Europa. Grandes cuestiones intrincadísimas difundían alarmas terribles por todas partes. Se temía un conflicto entre Alemania y América por Filipinas y por Samoa; se temía otro conflicto entre Inglaterra y Francia por África; se temía otro conflicto entre Rusia é Inglaterra por China. Los pasos del Imperio moscovita en Corea, las apropiaciones nuevas en el golfo pérsico, la excitación perpetua dirigida con solapados procederes á los amigos de Abisinia y de Mongolia determinaban un estado de relaciones entre Rusia é Inglaterra, el cual podía concluir por un escandaloso rompimiento. Los mares del Oriente sembrados se hallan de torpedos próximos á estallar y á malherir los más formidables imperios, como lo demuestra el célebre incidente de Coghlan. Este veterano de la marina yanqui ha criticado acerbamente los procederes de la marina imperial alemana en Manila y después ha recitado unos acerbísimos versos denigrando al emperador alemán. La facilidad con que se han dado y recibido explicaciones, no empece á la gravedad del caso, demostrativo de que hay en los aires y en las aguas de ambos pueblos muchos mias-

mas á cuya ponzoña se condensan y estallan las guerras. Muy numerosos deben resultar en la cuenta de lord Salisbury los peligros, pues se pone la venda mucho antes de la herida y recoge cuantos cabos sueltos se dilatan por el planeta en evitación de un conflicto. Aunque mantenía porfiado la política de puertas abiertas, según á los ingleses importa é interesa, pasa por la política de las esferas de influencia con arreglo á los intereses de Rusia y resuelve sin vacilar el problema de los ferrocarriles chinos que tantas dificultades le ha suscitado y tantos dolores de cabeza le ha traído. Según este arreglo, Rusia podrá extender su influencia comercial é industrial en Mandchuria y más allá de la gran muralla, mientras Inglaterra no tendrá ni podrá tener concurrencia ni rivalidad alguna en su cuenca del Yangtsé. Arreglado el gran litigio de Asia, puede asegurarse no resultar beneficio alguno á la paz universal hasta que no se arreglase, y arreglase bien, el intrincado litigio de África. Por Asia podrá venir una guerra entre Rusia é Inglaterra; por África una guerra entre Inglaterra y Francia. La cuestión parecía en la superficie más fácil; pero en el fondo tropezaba con mayores dificultades y mayores complicaciones que la cuestión de Asia. Ciertamente en Asia se halla el Imperio chino; pero tan maltrecho por sus desgracias y tan expuesto á las revoluciones, que no puede á muy subido precio estimarse su disgusto. En África existe un poder que toma consistencia y solidez á medida que caen sobre su corona desastres y desgracias, el imperio turco. Hacer que no se mueva el sultán allí donde puede suscitar una guerra santa; moderar las impacencias de Italia por Trípoli; justipreciar los esfuerzos de Francia en el Congo y en el Nilo; permitir á esta potencia ligar sus posesiones del Norte con sus engrandecimientos por el Sudán; trazar los límites de las regiones en que acaba el influjo británico y empieza el francés, obra de gran trascendencia me parece y á cabo llevada con superior facilidad.

Estos arreglos han debido disgustar y han disgustado profundamente á Italia. Poseída también de la neurosis colonial, cuyos accesos padecen desde las naciones, como Inglaterra, de mayores aptitudes coloniales, hasta las naciones, como Prusia y Austria, de mayor ineptitud en tal materia, sueña con África, teatro de sus antiguos héroes, quienes desde los Escipiones hasta Mario, lucen el pedestal de Cartago y esperanza de venideros dominios, por cuyo logro ha mostrado la impaciencia mostrada en los esfuerzos por conseguir á Túnez, en los combates por agrandar Eritrea, en las maniobras por allegarse Trípoli. Y este arreglo entre Francia é Inglaterra pone al pronto un límite artificial á las constantes aspiraciones italianas y las refrena por mucho tiempo. No hay que pensar en extender Eritrea; no hay que pensar en combatir Abisinia; no hay que pensar en alcanzar Túnez, indispensable á la joven Italia, como á la vieja lo fué la nueva Tiro, sita donde hoy Túnez se levanta; no hay que pensar en Trípoli, preciosa banda de arena, en el Mediterráneo colocada como una llave de África: la estabilidad reinará en el continente negro, y cada cual de sus poseedores se quedará donde hoy se halla colocado por el destino, hasta que nuevos sacudimientos geológicos hagan surgir allí grandes entidades sociales acompañadas de ricos y varios organismos. No conozco afectos más sinceros que los afectos de Italia por Inglaterra; no conozco afectos más pífidos que los afectos de Inglaterra por Italia. La quiere mientras Italia sirve sus intereses y aumenta sus fuerzas. Cuando Italia necesita de Inglaterra no la encuentra nunca. Para Inglaterra tomó Italia Kassala. ¿Me queréis decir que ha tomado Inglaterra para Italia? Sola dejó á la bellísima nación entre los dientes de las hienas etíopes. Y ahora, ¿qué sucede? Pues sucede que, viendo Italia cómo se reparten los demás pueblos el imperio chino, tomó para sí la bahía de San Mun, y encontró, al tomarla, dificultades y obstáculos no encontrados por ningún otro pueblo. En vano llamó á Inglaterra; la grande nación amiga dejóle salir de su apuro como Dios á entender le diera, sin prestarle ningún auxilio. Esto ya irritó á Italia, quien, imposibilitada de dar contra la barbarie del déspota Chamberlain, causante de todos los males caídos sobre nosotros en el año último, dió sobre su propio gobierno, levantando en su contra furiosa oposición. Pero el golpe de gracia, en el concepto y sentir de los italianos, ha sido este golpe de ahora con respecto al Africa. ¿Cómo? En pago de su grande amistad, ¿se la despoja de toda esperanza y aspiración sobre Trípoli, porque Italia es débil, mientras se sanciona la posesión de Túnez por Francia, porque Francia es fuerte? Y este proceder lo funda Inglaterra sobre respetos al sultán despojado por Inglaterra del Egipto, despojado del Sudán, despojado del Nilo superior, despojado de Chipre, y ahora despoja-

do de Creta, sin respeto alguno á sus odiosos privilegios y sin estima ninguna de la integridad del Imperio. Dado todo esto, no me asombra que los piamonteses, los fundadores del régimen parlamentario en Italia, se levanten contra esa política de los italianos; política de fantaseo y de aventura, la cual, sin aportar un átomo al acervo común de la tierra nacional, ha vaciado las arcas del tesoro y malherido la reputación del ejército.

Madrid, 15 de mayo de 1899.

FANTASÍAS

LA LEYENDA DEL ROCÍO

Veréis cómo fué. Todo, en un principio, era sombrío y triste. Pero el Divino Hacedor, enamorado de su obra y queriendo infundirle un alma, exclamó con divino laconismo: *Hágase la luz*, y la luz fué hecha.

¡Qué explosión de alegría! Las aves lanzaron alegres trinos que reemplazaron á los lamentos melancólicos y ahogados; las flores esmaltaron el suelo con un tapiz en que se fundían los más brillantes colores; la brisa se encargó de perfumar el ambiente; y el día hizo su entrada triunfal en el mundo, cautivando con su espléndida hermosura á la Naturaleza.

Esta se sintió fascinada. Desde que el día apareció en el horizonte comprendió que sin él no podía existir.

Pero efímeras son las dichas todas del mundo, y efímera fué la dicha inusitada — tanto más grande cuanto menos esperada — de la Naturaleza. Unas cuantas horas bastaron para que toda aquella ventura se desvaneciese. El día expiró lánguido y triste tras las colinas azuladas que cerraban el horizonte. Moría el bien amado, huíasele á la Naturaleza de entre los brazos, y entonces fué el llorar de ésta y entonces fué el dolor agudísimo de la enamorada que ve para siempre desaparecer el bien que adora. Aquel llanto fué ávidamente recogido por las flores y por el césped en sus corolas y en sus briznas.

Condolido el Creador por pesar tan sincero y profundo, quiso de algún modo llevar el consuelo á la afligida Naturaleza. Y algunas horas después volvió á surgir el día por Oriente, con gran contentamiento de la Naturaleza toda, que oyó una voz descendida de la altura, voz majestuosa y magnífica, voz incomparable y jamás oída, que decía:

«Vuelve á tus brazos el que tanto amas. Pero te advierto que cada veinticuatro horas lo verás desaparecer. Y te lo vuelvo, condolido de tu llanto; pero ten en cuenta que cuando al morir la luz dejes de llorar por ella, desde ese instante no volverás á verla jamás; porque entonces habrás demostrado lo poco en que estimas la dicha que te ofrezco.»

Por eso desde que se esconde el postrer rayo del sol, hasta el alba siguiente, sorprendemos desde entonces en las corolas de las flores y en las briznas de las hierbas las gotas del rocío.

EL ENTIERRO DE LA SÍLFIDE

Murió después de haber sentido deslizarse su breve existencia en compañía de flores y pájaros, de duendecillos y sílfides, anegándose unas veces en los rayos del sol que se filtraban á través de las hojas, otras escondiéndose bajo el calado encaje de la floresta. Fué una vida breve, es verdad, pero deliciosa.

Murió sobre la corola de una rosa, que se abrió para darle perfumada sepultura, y fué desvaneciéndose también poco á poco, poco á poco, hasta quedar reducida á la pequeñez de una mariposa, como ella menuda, como ella elegante y hermosa como ella.

Mecíase el perfumado ataúd á impulsos de la brisa. En un momento, de todas partes del bosque comenzó á surgir una nube de insectos, perfumes, pájaros, duendecillos y sílfides, que vinieron á agruparse en torno de la rosa en que yacía la muerta, formando un abigarramiento extraño, en el cual se fundían todos los colores del iris.

Por catafalco, la corola de una rosa; por nubes de incienso, las oleadas de perfumes que enviaban las flores, todas pesaras de la muerte de la sílfide; por cortejo, sus compañeras místicas y alicaidas; por sones de órgano, los trinos de las aves remedando las notas agudas y el zumbido de los insectos remedando las graves. Fué un entierro en toda regla.

Terminada la ceremonia de aquel mundo microscópico y extraño, fué retirando el cortejo lentamente y como con tristeza, dejando á la muerta tan sola como aquella otra de que nos habla el inmortal poeta sevillano en su célebre rima. Ensanchó un poco más la rosa sus pétalos y encerró en su cáliz á la sílfide.

Qué dicha, ¿verdad? ¡Por paletadas de tierra, las hojas perfumadas y sutiles de una rosa de los campos!

MANUEL AMOR MEILÁN

MÉJICO. — XXIII EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

La Escuela Nacional de Bellas Artes, la antigua Academia de Nobles Artes de San Carlos fundada por D. José Echeverría y D. José Fernando Couto, ha venido celebrando, desde su restauración en 1846, exposiciones que en un principio fueron anuales y después bienales, fomentadas siempre por todos los gobiernos. De todos los certámenes verificados, pocos han tenido la importancia del que se inauguró á principios del presente año, siendo presidente de la República el general D. Porfirio Díaz y director de la Academia D. Román S. de Lascurain.

La convocatoria publicada en 4 de marzo de 1898 hacía un llamamiento á todos los artistas nacionales y extranjeros residentes en México, pero á instancia del artista español D. Eduardo Luque Aicardy hizose aquélla extensiva á los pintores y escultores españoles que quisieran enviar sus obras



D. ROMÁN S. DE LASCURAIN, Director de la Escuela de Bellas Artes de Méjico (de fotografía)



D. EDUARDO LUQUE AICARDY, pintor y literato malagueño, iniciador del Concurso español en la Exposición de Bellas Artes de Méjico y miembro jurado del contingente mejicano (de fotografía).

ornato, profesor D. Enrique Alciati, 77; clases de claroscuro, copia de cuadros y del natural, composición y pintura al óleo, profesor D. José Salomé, 270; pintura de paisaje, profesor D. José M.^a Velasco, 22; acuarela, profesor D. Efsio Caboni, 40; grabado en hueco, profesor D. Cayetano Ocampo, 41; grabados de fuera de la escuela, 58; grabado en láminas, profesor D. Luis S. Campa, 57; Escuela Nacional de Zacatecas, 17 dibujos; Escuela Nacional de Profesores de Méjico, 61 composiciones; Escuela de Bellas Artes de Jalapa, 32 dibujos; profesor D. Natal Pesado, 16 dibujos; Colegio Militar, 102 dibujos; cuadros de profesores de la Escuela Nacional y de artistas nacionales y extranjeros de fuera de la misma residentes en Méjico, 107; de pintores mejicanos y extranjeros residentes aquí y en el extranjero y colecciones particulares, 100; sección española, 190.



MEJICO. — EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. — ENCUENTRO FELIZ, cuadro de Ramón Tusquets

fuera de concurso, á cual efecto el gobierno mejicano envió oportunas instrucciones á sus ministros en Madrid y Roma y á sus cónsules en las principales ciudades de España.

Los artistas españoles respondieron al llamamiento y sus obras dieron gran brillo á la exposición, ocupando en ella lugar distinguidísimo, siendo justamente apreciadas por los inteligentes y aficionados mejicanos y mereciendo sus autores frases muy encomiásticas del profesor de la Escuela D. Manuel Revilla en el discurso pronunciado el día de la apertura.

El pensamiento de que fueran admitidos los trabajos de artistas españoles fué, pues, felicísimo, y la gloria del mismo corresponde, como he dicho, al señor Luque Aicardy, iniciador de la idea, y al Sr. de Lascurain que la secundó con entusiasmo. No debe olvidarse tampoco la participación directa y decisiva que en ella tuvo el Gobierno Supremo facilitando en gran manera su realización.

Imposible nos sería analizar, aunque fuese someramente, las obras presentadas en la exposición, por lo cual nos limitaremos á hacer un relato sucinto del número de las mismas:

Dibujo de ornato, profesor D. Pedro Parra, 33; dibujo de paisaje, profesor D. José de Velasco, 30; dibujo diurno de figura tomado de la estampa, profesor D. Joaquín Ramírez, 49; dibujo nocturno de figura tomado de la estampa, profesor D. Andrés Ríos, 47; dibujo del yeso, diurno y nocturno, profesor don Santiago Rebull y D. Leandro Izaguirre, 29; dibujo del natural, profesor D. Santiago Rebull, 24; dibujo lineal, profesor D. Felipe B. Noriega, 27; escultura y



MEJICO. — EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES. — EDIPO Y ANTÍGONA, cuadro de F. Rodríguez (pintor mejicano)

Acompañamos á este artículo reproducciones de cinco cuadros, dos de pintores españoles, los señores Tusquets y Benlliure, y tres de artistas mejicanos, los Sres. Alcérreca, Mendoza y Rodríguez, y los retratos del Sr. Lascurain, que merece toda suerte de elogios por la inteligencia y actividad que ha demostrado en la organización del certamen, y del señor Luque, á quien se debe el concurso de los artistas españoles, cuyas obras han sido en su mayor parte adquiridas á muy buenos precios por inteligentes aficionados mejicanos.

DR. J. NANSEN

Méjico, marzo de 1899.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA felicita al Gobierno mejicano y especialmente al dignísimo Sr. Presidente general D. Porfirio Díaz por la protección que dispensan á las bellas artes y á cuantos han contribuido al éxito de la exposición, y agradece profundamente al Sr. D. Ramón de S. N. Araluce, su representante exclusivo en Méjico, el envío de las fotografías que reproducimos en esta y en la siguiente página.

LA BUENA FAMA

«Ni hagas cohecho,
ni pierdas derecho.»
(Refrán.)

Pues nada, que D. Sandalio, el recto é incorruptible magistrado de no sé qué Audiencia (una de las que se llamaron de *á perro chico*), había de dar dictamen, como ponente, en un asunto que me interesaba. La razón, lo juro á fe de hombre honrado, estaba de mi parte: mi abogado, joven de gran ilustra-





MÉJICO. — EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES. — LIMOSNA, cuadro de José Benlliure

ción, opinaba lo mismo. Había yo sido víctima de una estafa, y agotados todos los recursos posibles para llegar a razonable avenencia, demandé á los estafadores.

«La causa, me dijo mi representante, es de las que no pueden perderse; respondo del buen éxito. Para que todas las circunstancias sean favorables, está encargado de la ponencia D. Sandalio, cuya rectitud es proverbial en los tribunales.»

»Recto como la ley, inflexible como la verdad, sereno como la justicia, procede siempre con sujeción á los dictados de su conciencia. El único temor que puede abrigarse es el de que se equivoque; pues al cabo hombre es, y como hombre está sujeto á error. Por eso, y para evitar un contratiempo siempre posible, aunque muy poco probable en asuntos clarísimos como este, acaso convendría que buscásemos quien le llamara la atención. Nada de recomendaciones, serían con él contraproducentes; nada de súplicas; nada de eso que es común y corriente con todos y que no vale con D. Sandalio; pero solicitar su atención sobre lo justificado de nuestra demanda, acaso no holgaría.

¿Sabe usted quién es íntimo amigo de D. Sandalio? El procurador Marmijú.»

— ¡Marmijú!, exclamé lleno de gozo; ¡pues si es pariente mío! Ahora mismo voy á su casa.!

Y fuí efectivamente, y lo hallé como yo esperaba, muy dispuesto á servirme, y le *hablé de mi pleito*, aunque no llevaba los papeles, y, claro está, el hombre comprendió que me sobaban motivos para entablar la demanda, y que tenía probabilidades, más aún, seguridad casi, de salir con la mía; pero convino con mi abogado en que no sería ocioso visitar al ponente, para prevenir una sorpresa.

— Y no voy á verlo mañana, me dijo, voy á verlo hoy, ahora mismo; porque el que da primero, da dos veces. Y ¿sabes lo que pienso? Pues pienso que podemos ir juntos. Le trato con mucha confianza; entro en su casa lo mismo que en la mía, á cualquier hora. ¿Vamos?

La oferta no era para desaprovechada; al fin y al cabo se trataba de algunos miles de pesetas; y si bien, según llevo dicho, tenía yo confianza absoluta en la justicia de mi causa, no puse en olvido aquella copla popular, en la cual, enumerando las condiciones que, á más de tener razón, son necesarias para lograr justicia en los tribunales, se dice:

«... que la llegues á tener,
que la sepas defender...
y que te la quieran dar.»

De D. Sandalio no había que dudar, era el magistrado incorruptible y probo, y... en fin, un modelo de magistrados ó, si se quiere, un magistrado modelo; pero, por si acaso, bien era que se le hiciese una visita.

Acepté, pues, y acepté con gratitud el ofrecimiento de mi amigo el procurador, y sin perder instante nos fuimos á casa de D. Sandalio.

El cual, á la sazón, estaba afeitándose; pero al conocer la voz de su gran amigo Marmijú, gritó á la criada: «¡Que pase, que pase; ese caballero es de casa!»

— ¿No te lo dije?, murmuró á mi oído Marmijú; y sonriéndose muy orondo y muy satisfecho, me obligó á precederle, y el uno en pos del otro penetramos en el *tocador* del magistrado.

D. Sandalio no me pareció magistrado: en mangas de camisa, despechugado, al aire ambos brazos cubiertos de vello, enjabonada la mitad del rostro y requiriendo la brocha para enjabonarse la otra mitad, ¡cuán lejos se hallaba aquella figura de la del *sacerdote de Tebas*, con toga, birrete y vuelillos, que imponía respeto en estrados.

— Siéntate donde puedas, dijo el bueno de don Sandalio, sin suspender sus operaciones, y haz que se acomode por ahí este caballero. Para recibir á los amigos no es necesario interrumpir esta faena; ando muy alcanzado de tiempo. ¿Qué ocurre?

Y al decir estas palabras, terminada ya la enjabonadura, se aproximó nuestro hombre al balcón, en



MÉJICO. — EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. — SANTA CECILIA, cuadro de F. de P. Mendoza, pintor mejicano

una de cuyas puertas vidrieras estaba colgado un espejillo ovalado, y comenzó á rasurarse con una habilidad que habría envidiado el mismísimo Fígaro.

— Pues nada, dijo Marmijú — imponiéndome silencio con un gesto cuando me disponía yo á exponer el objeto de mi visita, — este caballero es el interesado en el asunto aquel de los mármoles... Como tú eres ponente...

— No me digas más, dijo el magistrado, volviéndose á nosotros navaja en ristre y frotándose la perilla con la mano izquierda; no me digas más... Conozco el asunto, lo he estudiado bien y además...

además está muy bien recomendado. Puede dormir completamente tranquilo este caballero; no prosperará la demanda y condenaremos en costas y aun procesaremos tal vez como reo de imprudencia temeraria y hasta como calumniador al demandante.

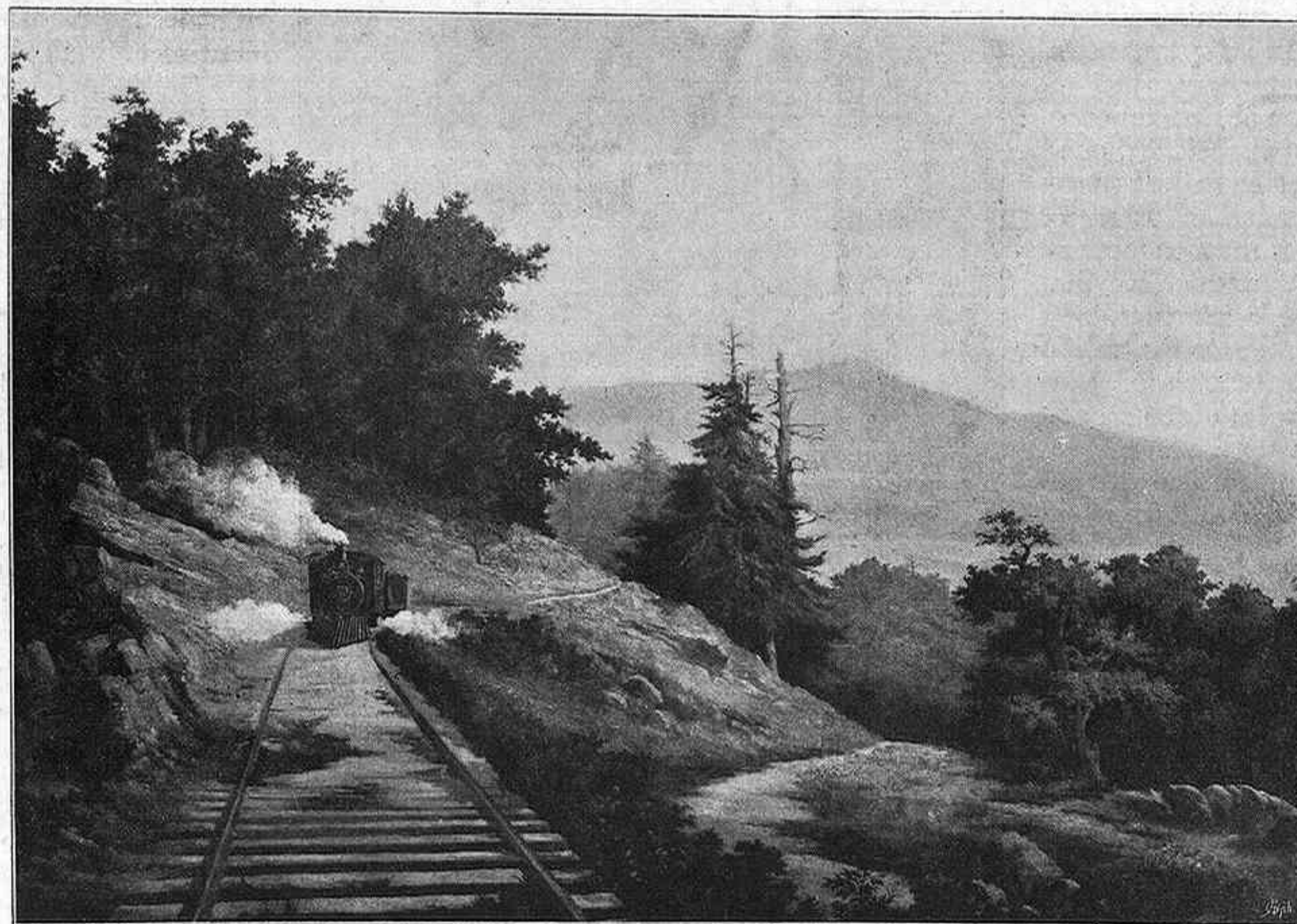
Yo, sin ser dueño de dominarme, interrumpí al magistrado diciendo:

— El demandante soy yo, que he sido también el estafado; pero en vista de las buenas disposiciones de usted, voy á retirar ahora mismo la demanda.

Y contra la opinión del procurador y también contra el parecer de mi abogado, que no acertó nunca á comprender esta determinación mía, retiré la demanda y me quedé sin dinero, sin justicia y sin ganas de meterme en otros líos.

Por supuesto que D. Sandalio sigue siendo, para todo el mundo, el magistrado recto, probo, incorruptible... y que su fama es cada día mayor y se arraiga más cada día.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



MÉJICO. — EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. — FERROCARRIL DE CUERNAVACA, cuadro de J. Alcérrec y Comonfort, subdirector y secretario de la Escuela Nacional de Bellas Artes de Méjico



CIENTIFICO, L
MAC
BIBLIO
ATELIER

DELANTE DEL TEMPLO DE CUPIDO, fragmento del notable cuadro de Diana Coomans

CRÓNICAS ANDALUZAS

CORRALES Y CIGARRERAS

En Sevilla se designan con el nombre de *corrales* las casas de vecindad que sirven de albergue á los obreros y á los pobres.

Situados, generalmente, en los barrios extremos de la capital, merecen ser visitados por viajeros curiosos y por artistas. Cualquiera de los unos ó de los otros que haya pasado por esta ciudad sin conocer tales antros, puede asegurarse que no ha podido formar cabal razón de lo que es la vida de las clases trabajadoras en las grandes y antiguas poblaciones andaluzas, pues en ellos aparece con todos sus caracteres y todos sus contrastes.

Allí se confunden las alegrías de la juventud con las tristezas de la miseria y de la ancianidad. Se ríe y se llora, se trabaja y se canta, aun cuando para lo último haya que quitar horas al descanso, improvisándose á lo mejor fiestas que duran la noche entera.

Las grandes casas solariegas de nuestros antepasados hallanse convertidas al presente, como sarcasmos del destino, en casas de vecindad, y no es raro, cuando se penetra en el vasto patio de uno de estos caserones, experimentar extraña impresión al ver que la pobreza tiene por albergue salones suntuosos, con artísticas techumbres de doradas maderas, con ricos frisos de yeserías platerescas que se van ennegreciendo por el humo de las miserables cocinas, con bellos zócalos de azulejería, marmóreas fuentes y columnatas y otros mil primorosos ornatos con que sus opulentos dueños enriquecieron aquellas hermosas estancias hace tres ó cuatro siglos.

Tan corto espacio de tiempo ha sido bastante para cambiarlo todo; para trocar el destino y la suerte del edificio y de sus moradores. A los saraos y á las fiestas, en que emulaban la bizarría con la riqueza, han sucedido los alegres cantos de seguidillas y soleares; los lujosos vestidos de tisúes y rasos, las espléndidas joyas, los deslumbrantes aparadores henchidos de bruñida y antigua plata y las costosas tapicerías, se han convertido en almidonados trajes de crujientes percales de colores y en el pobre menaje del obrero.

Lo que antes resplandeció, hoy vese obscurecido; lo que fué causa de orgullo para los antiguos poseedores, hoy se ve despreciado por los actuales, y lo que consumió cuantiosas sumas es mirado al presente con la más fría indiferencia por parte de los que no saben apreciarlo. Cuadros de los llamados de batalla, abominables cromos y estampas, han sustituido á los tapices y sederías que cubrían los muros, y en vez de aquellos severos retratos de damas y magnates, vemos grandes carteles anunciadores de fiestas de toros alternando con las *veras effigies* del Guerra, *Lagartijo* y demás celebridades de la tauromaquia contemporánea.

El aspecto de abandono de estos corrales despierta en la mente de los poetas y de los artistas las más tristes consideraciones; y si el espíritu se apena al establecer el contraste de lo pasado con lo presente, no deja también de cautivar la vista el conjunto singular que hoy presentan los patios de estas casas. Los rosales y pasionarias enlázanse en las columnas de mármol blanco; suben hasta las cornisas dejando caer después, desde este sitio, sus largas y flexibles ramas, que columpia el más ligero soplo de viento.

Tiestos de claveles festonean los balcones de las galerías altas y el ancho tazón de la fuente, colocada en el centro del patio, sin que falten las pintadas jaulas de todas formas y dimensiones, que ora se ven pendientes de las claves de los arcos, ora rodean el marco de la puerta de pobre vivienda. Los gallos ingleses paséanse majestuosamente, picoteando en los instericios del pavimento, al par que las muchachas ocupáanse en tender las ropas en larga cuerda que atraviesa el patio, ó bien en coser ó planchar á las puertas de sus respectivas salas, sin que por esto interrumpen el canto de alegres coplas de jaleo, malagueñas ó jabereras, dirigidas intencionadamente á algún mozo que más allá trabaja, el cual á su vez res-



CORRALES Y CIGARRERAS. - UN CORRAL, dibujo de Salvador Azpiazu

ponde á las pullas con otras coplas del mismo género.

En la Macarena y en Triana, en los Humeros y en San Bernardo existen numerosos corrales de idéntico tipo al que acabamos de bosquejar, y mi compañero el habilísimo artista Salvador Azpiazu, cuyo lápiz ilustra esta crónica, mostróse muy sorprendido la tarde en que, sirviéndole de cicerone, le hice ver algunos de los corrales de Triana, que sin tener el aspecto monumental de los instalados en las casas palacios que fueron de los marqueses de la Algaba, de los condes de Béjar y de los Sres. Levantos, ofrecen un aspecto más risueño que aquéllos, si bien menos artístico y grandioso.

Casi todos los del famoso arrabal parecen cortados por el mismo patrón, aunque en ninguno de ellos se



CORRALES Y CIGARRERAS. - EN EL PUENTE DE TRIANA, dibujo de Salvador Azpiazu

haya observado ni el mismo plan ni la misma distribución en sus múltiples habitaciones y dependencias. Bien puede verlos el curioso, con su gran cuadro de azulejos en el zaguán, en que se figura la imagen de la Virgen ó del santo patrono de la casa, que constantemente alumbrá un farolillo, y desde este sitio abárcaese el conjunto del patio, con sus frondosas acacias, cipreses ó frutales, sus hiedras y enredaderas tapizando los muros, sus galerías altas sostenidas por postes de madera, su gran pilón donde acuden á lavar las ropas las vecinas, sus tejados en los cuales crecen los jaramagos y la reseda, y sus innumerables

habitaciones ó salas, en las cuales, no obstante su pequeño tamaño, habitan familias enteras.

Desde la puesta del sol hasta las ocho de la noche anímase extraordinariamente el arrabal de Triana por el paso de las cigarrerías, que atraviesan la larga distancia que hay desde la fábrica de tabacos hasta sus respectivos corrales, situados en aquel barrio, formando los más vistosos y pintorescos grupos, que sostienen animadas conversaciones, que disputan, ríen, gesticulan y se mueven, con un gracejo y una sal ciertamente inimitables.

En las tardes de verano es aún más interesante presenciar el largo desfile de tantas mujeres, bien por las alamedas de la orilla del río, bien por el hermoso puente de Isabel II. Sus almidonados y limpiísimos trajes de percal ó de muselina ceñidos á los cuerpos, dibujan perfectamente las elegantes líneas de sus movibles y voluptuosas caderas; envuelto el torso en

los finos pañuelos de seda blanca de Manila con sus largos é inquietos flecos; peinadas las cabezas artísticamente, adórnalas con grupos de claveles, de ranúnculos ó de alhelfes; y levantado el traje por delante, alardean de enseñar sus pies coquetona y esmeradamente, calzados con zapatos bajos de piel blanca y medias negras ó listadas, detalle por cuya perfección se sacrifican hasta el punto de anteponerlo á las mayores necesidades de la vida.

A primera vista distingúense entre los grupos los de las gitanas ó flamencas, por lo bronceado de su tez, la negrura de sus cabellos y por los colores fuertes, negro y rojo especialmente, con que se atavian; y ya al verlas pasar á nuestro lado, bien podemos guardarnos de que adviertan siquiera que se las mira con fijeza, pues téngase por cierto que no ha de faltar alguna que, al repararlo, se muerda la lengua para decir dos ó tres frases chispeantes y agudas dirigidas á ridiculizar al *señorito*, porque naturalmente poseen el don de la sátira, esgrimiéndola con una espontaneidad, viveza y gracejo singulares.

- Mialo, mialo ar señorito, que se pué bañá en una serbatana, decíanle cierta tarde á un caballero muy alto y enjuto que se quedó parado delante de unas flamencas.

- Camará, y qué hombre, que no se acaba nunca, añadió otra.

- Chiquiya, dijo una tercera tirándole brusca- mente del mantón á la que iba á su lado; güervete y mira er tabique que tie por narís.

Y así, entre risotadas y frases de la misma índole, siguieron su camino muy satisfechas por haberse metido con aquel *litri*.

Lo más prudente es callar, pues por lo menos el que contesta se expone á que le *tomen el pelo* y á servir de zumba durante un buen rato.

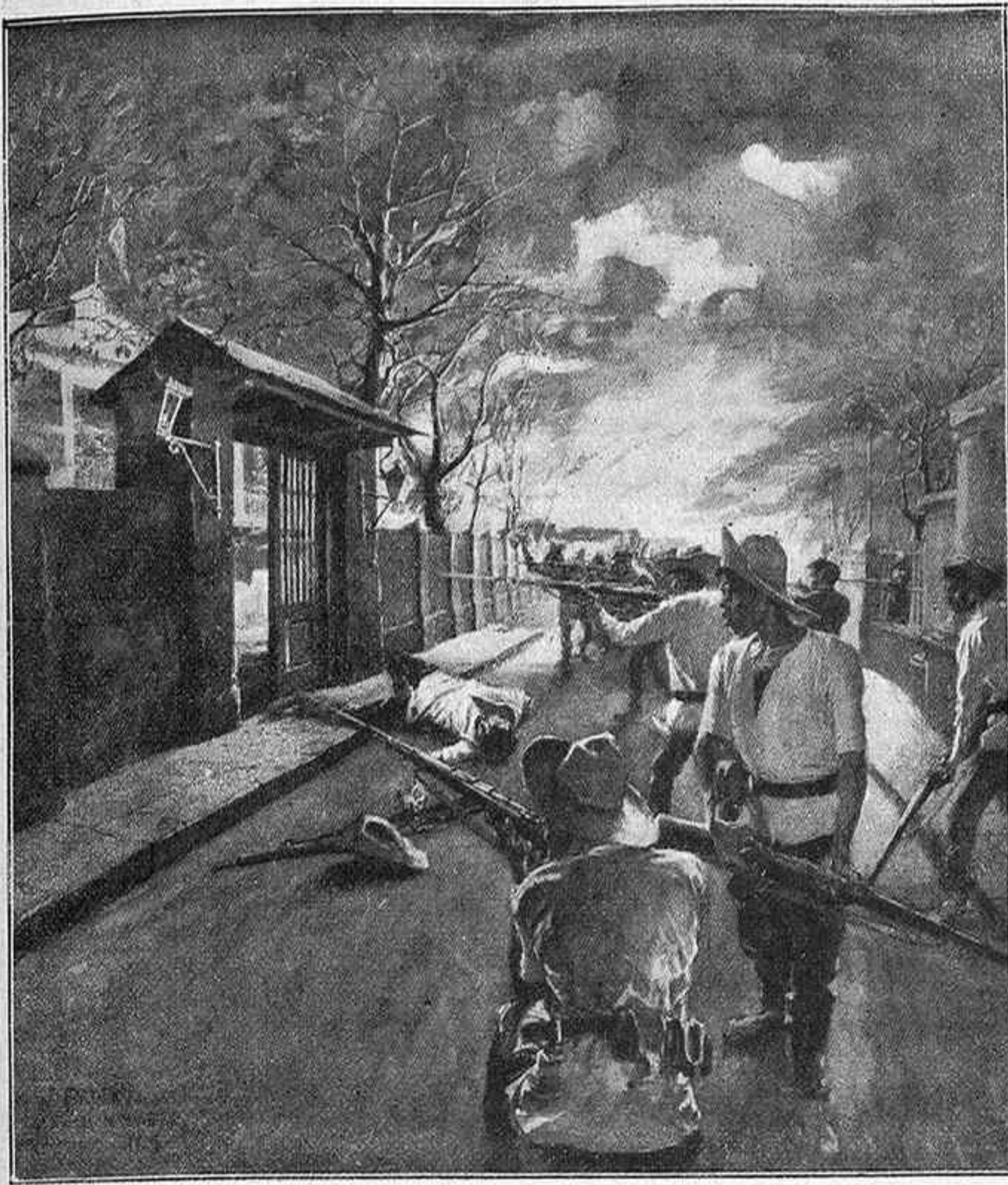
Si lo que se les responde las hiera en su amor propio, fácilmente replican con una frase capaz de ruborizar á un marmolillo, ó con una enérgica maldición.

A propósito de tales gentes, dice mi amigo M. Díaz Martín: «...Tienen dos clases de maldiciones: las unas claras, secas, como picadas de avispa (gitanas); las otras embozadas, ponzoñosas, redobladas á fuerza de explicarlas, como picadas de víboras (judías). Y es de notar en éstas que la segunda parte es la más lastimosa, que el comentario es la verdadera maldición, como se ve en la siguiente copla:

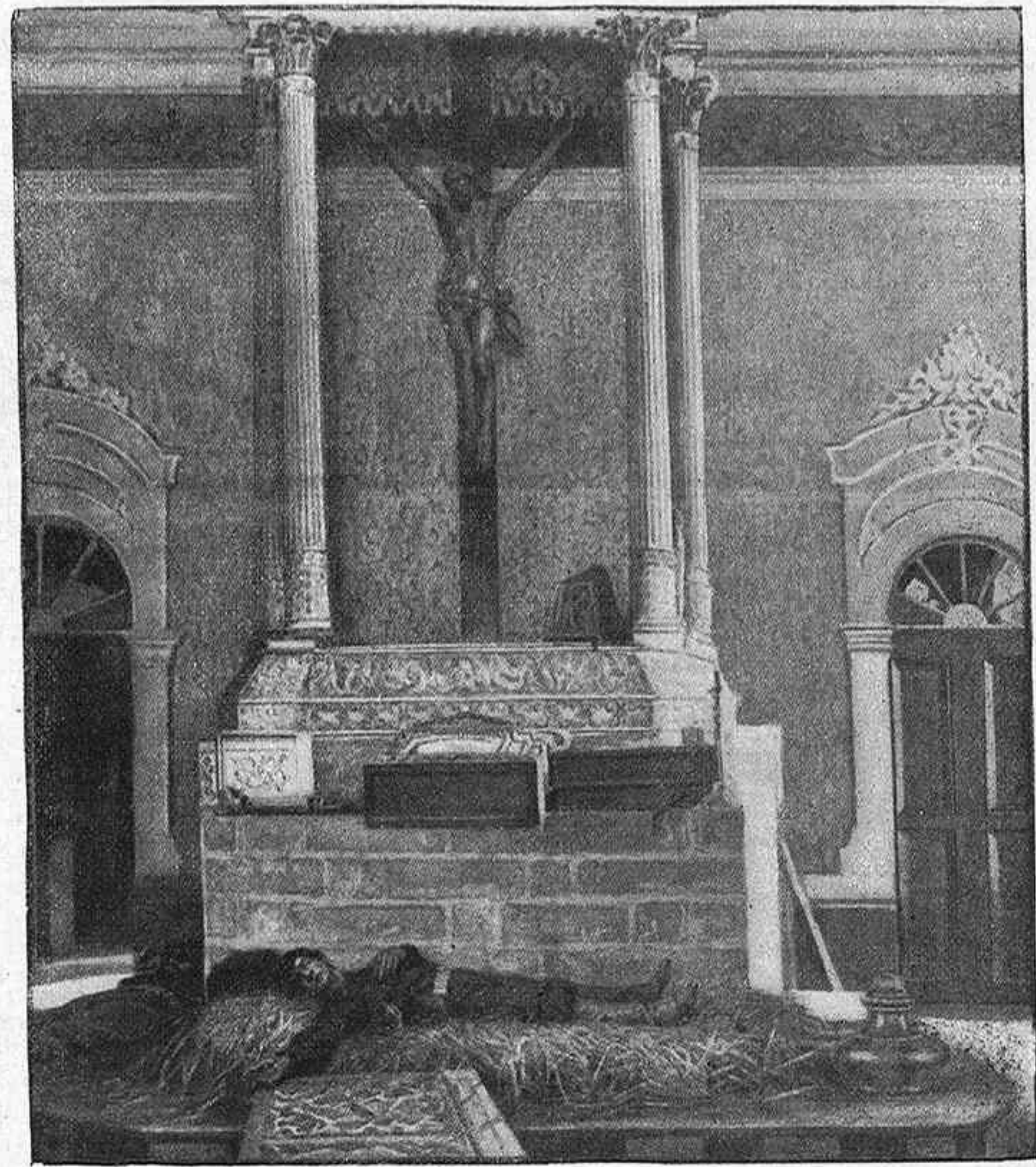
Anda con Dios, bien te logres,
No te deseo mal ninguno...
Hora de salud no goces
Mientras vivas en el mundo.

»A unos señoritos guasones que le dieron bromas á una flamenca, despidióles ésta diciéndoles: «Ir mucho con Dios, escurriós, jamberas, obleas servías, que paese que venéis del Asilo.»

Y estas gentes, siempre risueñas y contentas, viven miserablemente, comen mal y trabajan todo el día para ganar un pedazo de pan; siendo muchas de ellas el único sostén de una familia; pero en cambio la Providencia las ha dotado de un verdadero caudal de



GUERRA DE FILIPINAS. — LAS FUERZAS FILIPINAS ATACANDO LAS CASAS OCUPADAS POR EL REGIMIENTO YANKI DE VOLUNTARIOS DE MINNESOTA, DURANTE EL INCENDIO DEL BARRIO DE TONDO EN MANILA, dibujo del natural.



GUERRA DE FILIPINAS. — SOLDADOS AMERICANOS DESCANSANDO EN EL TEMPLO DE BINONDO DESPUÉS DEL COMBATE, dibujo tomado de una fotografía obtenida por un oficial de la oficina de información militar del octavo cuerpo de ejército.



buen humor y de alegría sin tasa, único bien de que pueden ser pródigas y derrochadoras, y así efectivamente lo son siempre que se les presenta oportuno momento. No es, pues, extraño que al llegar á sus casas, y después de una muy frugal comida, si aciertan á presentarse en el corral algunos mocitos que rasgúan la guitarra y cantan por lo *jondo*, se improvise en seguida una fiesta, la cual más parece de personas satisfechas de la vida, que de desheredadas de la fortuna. Jamás piensan en el mañana; todo para ellas lo constituye el presente, y así los buenos ó malos tiempos les son perfectamente iguales.

¡Qué curioso libro el que podría escribirse estudiando con detenimiento el tipo de la cigarrera sevillana bajo todos sus diferentes aspectos! Tal vez no fuera trabajo perdido, y acaso también contribuiría á mejorar su condición social, señalando los medios que podrían emplearse para conseguirlo, desatendidos actualmente y de cuya práctica nadie se cuida. A este abandono, pues, hay que atribuir en primer lugar los defectos y los vicios de que adolecen, bien susceptibles de modificación y enmienda, ya que no de radical mejora.

Si el fondo alegre del carácter general de estas mu-

jerer desapareciera, si en él no encontrasen la compensación de las tristezas de la vida, ésta se les haría insoportable y aborrecible; pero no hay que temerlo mientras que continúen como hasta aquí cantando sus penas al acompasado y melancólico son de la guitarra, con coplas como esta:

Un mar de penas llevo
En el fondo de mi alma;
Cuando sube la marea
Por los ojos sale el agua.

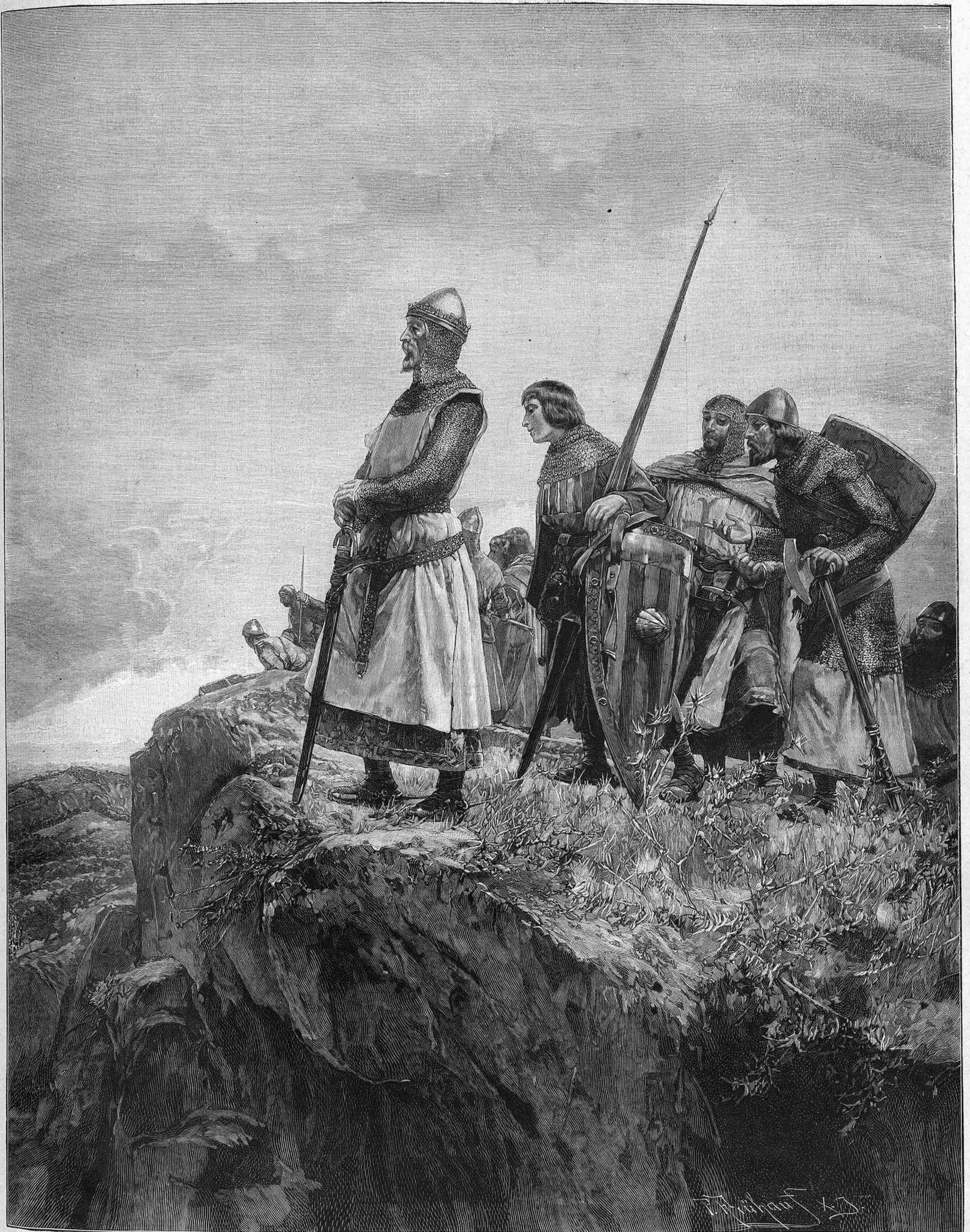
J. GESTOSO Y PÉREZ



GUERRA DE FILIPINAS. — BATALLA DE CALOOCÁN LIBRADA EN 10 DE FEBRERO DE 1899. VISTA TOMADA DESDE LA IGLESIA CHINA. EN EL FONDO, EN EL CENTRO, ESTÁ LA BATERÍA DE ARTILLERÍA DE UTAH; LAS FUERZAS QUE ESTÁN PARAPETADAS DETRÁS DE LA MURALLA SON LAS DEL REGIMIENTO 10.º DE VOLUNTARIOS DE PENNSYLVANIA DE LA DIVISIÓN DEL GENERAL MAC ARTHUR, dibujo del natural.



¡LO COGIMOS!, cuadro de V. Irolli



PEDRO III DE ARAGÓN EN EL COLLADO DE LAS PANIZAS, cuadro de M. Barbasán

NUESTROS GRABADOS

Tarde de domingo, dibujo original de Vicente Cutanda. - A las bellas producciones de Cutanda, inspiradas en escenas que recuerdan la vida de los obreros de nuestras provincias del Norte, hemos de agregar el interesante dibujo que reproducimos en estas páginas. Las anteriores obras de nuestro amigo han de considerarse como verdaderas glorificaciones del trabajo, cuadros de la vida real de esos centros en que se manifiestan todas las energías y los esfuerzos de un pueblo honrado y laborioso. La que hoy publicamos es, en cierto modo, el compendio de aquellas á que nos referimos, puesto que recuerda las expansiones de los trabajadores en la tarde del domingo, que sin separarse del escenario en que accionan, entréganse á agradables entretenimientos, aprovechando el día festivo para dar descanso al organismo y paz á su espíritu.

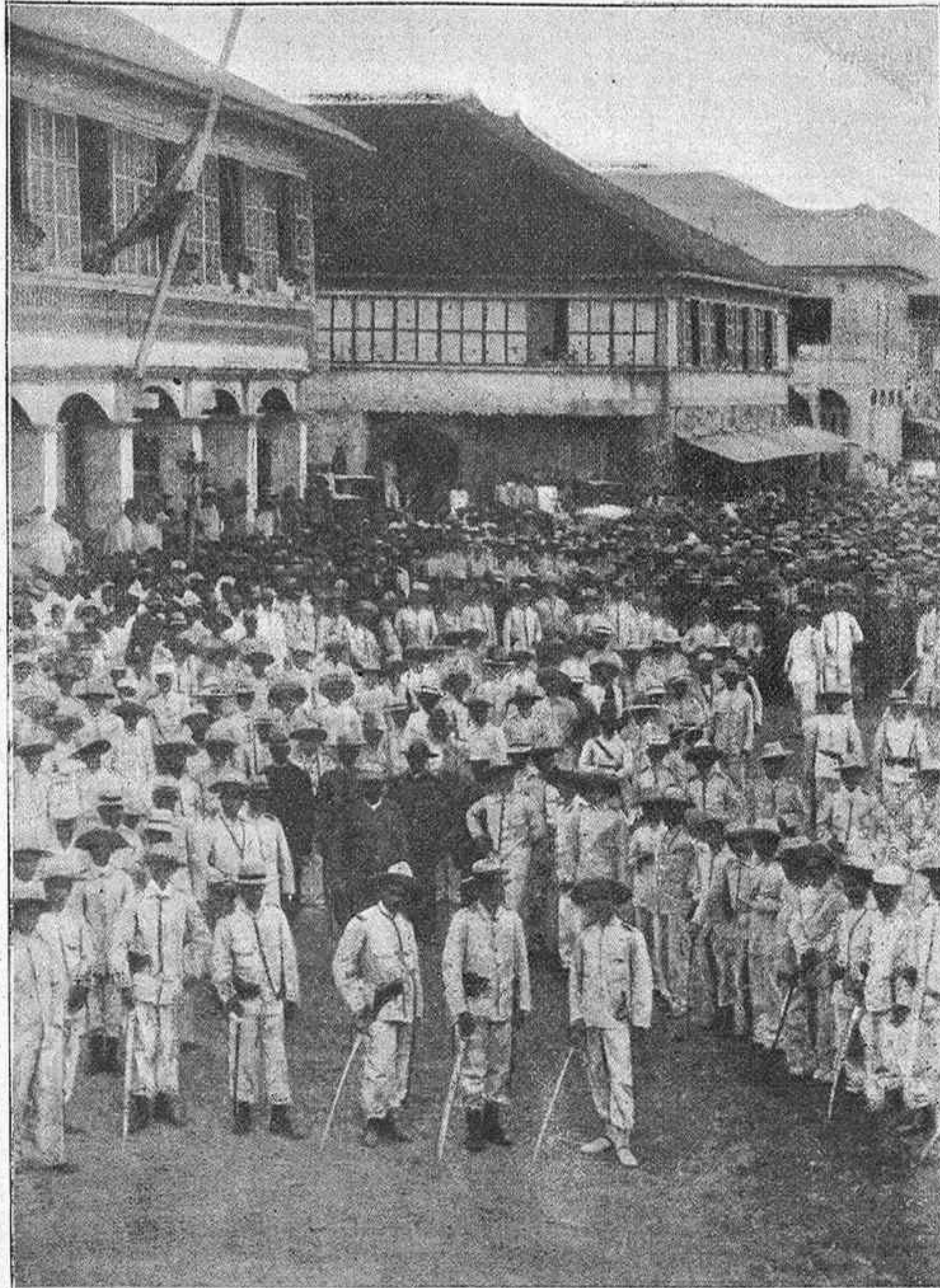
Delante del templo de Cupido, cuadro de Diana Coomans. - Este cuadro de Diana Coomans, artista residente en París, recuerda las elegantes pinturas de la vida antigua que tantos aplausos valieron al padre de la autora, el celebrado pintor belga P. Coomans, cuyas obras son casi tan conocidas y apreciadas como las que sobre análogos asuntos ha producido el ilustre Alma Tadema. Diana Coomans ha seguido las huellas de su padre: en el cuadro, del que reproducimos un fragmento, no se ha inspirado en las fiestas licenciosas que en honor de Eros se celebraban cada cuatro años en Thespia, con certámenes gimnásticos y musicales en honor de aquel dios considerado como divinidad representante de la fuerza creadora de la tierra. Más bien parece haber buscado su inspiración en el Amor, como dios atrevido á quien nadie resistir puede, tal como lo cantó en admirables estrofas la poesía alejandrina, y tal como se concibe en los modernos tiempos. Las cualidades principales que en esta obra deben admirarse son la habilidad y gracia con que está compuesta, el carácter pintoresco que en ella domina y la corrección con que están trazadas las figuras, cualidades todas que aparecen manifestadas en el fragmento que publicamos y que constituye la parte más interesante del lienzo.

Guerra de Filipinas. - Fueron los yanquis á Filipinas á impulsos de sus sentimientos humanitarios y de aquellas islas nos arrojaron para dar á sus habitantes la por ellos tan deseada independencia. Cayeron en el lazo los incautos filipinos, abrieron los brazos á sus desinteresados libertadores y... en efecto, hoy se halla el archipiélago sometido al más tiránico yugo y arde en él la guerra más brutal, más salvaje, más bárbara que registra la historia de los modernos tiempos. Tarde comprendieron Aguinaldo y los suyos cuáles eran los verdaderos sentimientos y propósitos de los norteamericanos; pero justo es confesar que al hacerse cargo del engaño de que fueron víctimas han dado pruebas de virilidad y de patriotismo, luchando con-

poterosa artillería yanqui, hubieron al fin de rendirse evacuando la población, no sin antes entregarla á las llamas.

El procedimiento del incendio es el que prevalece en la actual guerra de Filipinas, y no se reduce á las poblaciones rura-

gundo Carlos de Valois, y reunió en 1285 en Navarra las numerosas fuerzas, compuestas de 230.000 infantes y 24.000 jinetes, que la cruzada predicada contra el aragonés había puesto bajo sus órdenes. Pedro III, con sus pocos amigos, los hombres de sus dominios y algunos centenares de almogávares, guardaba el collado de las Panizas (Coll de Panisars), por donde con fundamento creía que habían de intentar la entrada los franceses, mientras su hijo Alfonso recorría Aragón y Cataluña para excitar el ardor de los pueblos y decidir á los caballeros del Templo y de San Juan de Jerusalén á tomar las armas por su padre. Este, durante tres semanas, contuvo al enemigo al pie del collado, y habiéndole enviado el legado del Papa un mensaje requiriéndole que dejase libre el paso y entregase el señorío que la Iglesia había dado á Carlos de Valois, contestó: «Es fácil dar y aceptar reinos que nada han costado: el mío, comprado con la sangre de mis abuelos, habrá de adquirirlo quien lo quiera á igual precio.» Los franceses, que habiendo intentado cierto día la subida habían sido derrotados con grandes pérdidas, lograron al fin penetrar en Cataluña por un camino áspero y mal guardado; pero no tardaron en agruparse en torno de Pedro III todos sus vasallos, y el ejército de Felipe III hubo de abandonar su empresa y regresar á Francia por el mismo collado de las Panizas, en donde sufrieron una terrible derrota. Este episodio de la vida del gran rey aragonés ha servido de tema al distinguido pintor español señor Barbasán para su cuadro; descúbrese en éste desde luego un perfecto conocimiento de la época y un estudio profundo de la personalidad de Pedro III, cuya figura, así como la de sus leales soldados que le rodean, están perfectamente entendidas y con gran habilidad agrupadas, observándose además en toda la composición el afán con que el autor ha sabido evitar el escollo del efectismo ante el cual tan fácilmente se estrellan no pocos pintores cuando tratan asuntos históricos del género del que nos ocupa.



GUERRA DE FILIPINAS. - REGIMIENTO FILIPINO EN ILO-ILO

Paisaje, cuadro de Hermán Hartwich. - Hay en este paisaje las dos cualidades que en este género de pintura constituyen el mayor encanto: verdad y poesía. El pintor alemán ha copiado un trozo de naturaleza tal como sus ojos lo vieron; pero dotado de verdadero sentimiento artístico, ha sabido dar á su obra cierto ambiente poético que la naturaleza presenta siempre cuando se la contempla con los sentidos y con el alma á la vez.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BERLIN. - La Asociación de aficionados á las Bellas Artes de Krefeld, establecida en Berlín, ha comprado una gran parte de la colección de Beckerath, compuesta de obras del Renacimiento italiano, pagando por ella 70.000 marcos (87.500 pesetas), y regalándola al Museo del emperador Guillermo de Krefeld.

Necrología. - Han fallecido:

Uladimiro Schujko, notable escritor ruso, que alcanzó gran fama como crítico y como traductor de las obras de Goethe, Schiller, Dante, Shakespeare, Calderón, Lope de Vega, Rousseau y Víctor Hugo.

Hermán Wislicenus, pintor de historia alemán, profesor de la Academia de Dusseldorf.

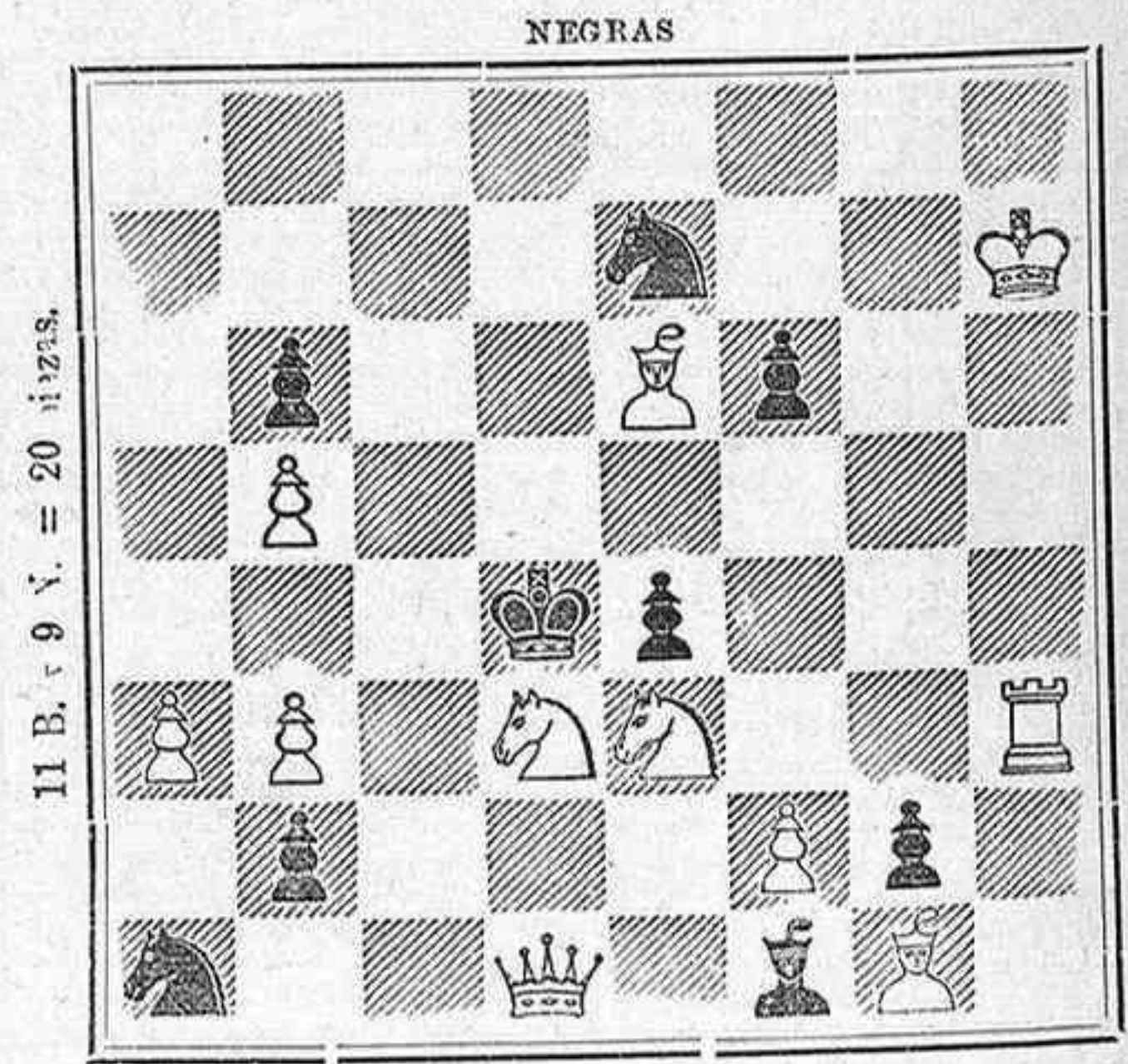
José Wolf, pintor alemán, establecido en Inglaterra desde 1848, conocido por sus ilustraciones de obras científicas.

Enrique Kiepert, ilustre geógrafo y cartógrafo alemán, profesor de la Universidad de Berlín, miembro de aquella Academia de Ciencias y autor de varios atlas importantes.

Eduardo Paillerón, notable autor dramático francés, miembro de la Academia Francesa.

AJEDREZ

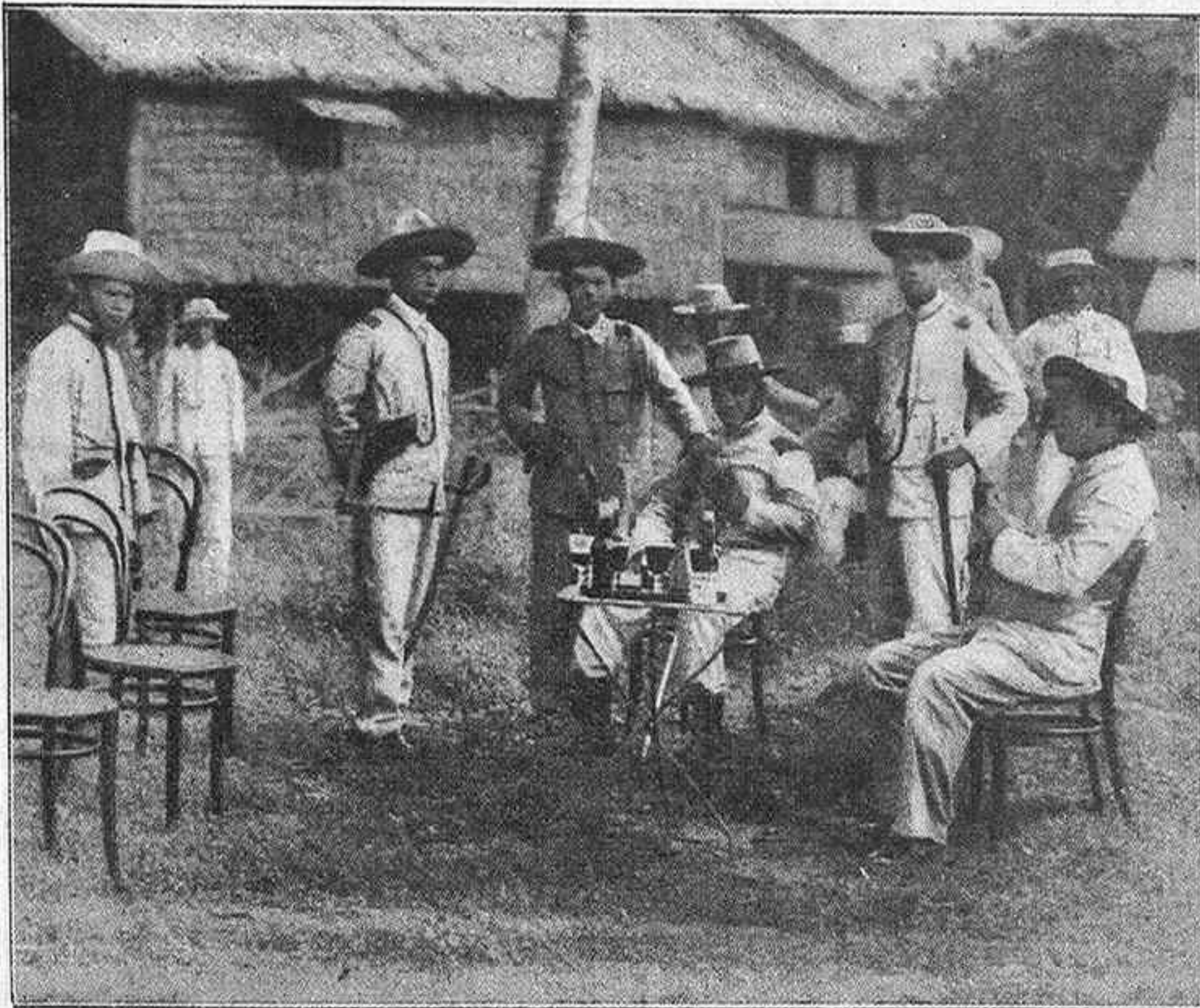
PROBLEMA NÚMERO 160, POR VALENTÍN MARÍN



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 159, POR P. RIERA

- Blancas. 1. T5CD
- Negros. 1. Cualquiera.
- 2. A, D, T ó C mate.



Gen. V. Concepción. Gen. M. Delgado, general en jefe. Coronel P. Velasco.

GUERRA DE FILIPINAS. - GENERALES Y JEFES FILIPINOS EN ILO-ILO

tra los invasores con mayor rabia y mayor entusiasmo que contra los que fuimos durante tantos siglos señores de aquellos ricos territorios. Dicen las noticias de origen yanqui que los tagalos se muestran ya inclinados á la paz; pero, sin dejar de reconocer que el ejército de los Estados Unidos ha conseguido algunas importantes ventajas, nos parecen prematuras tales esperanzas que nos recuerdan las que se nos hicieron concebir en España cuando las últimas desdichadas guerras coloniales. Digan lo que quieran el general Otis y los suyos, lo cierto es que la lucha continúa y que los norteamericanos no cesan de enviar refuerzos para combatir á los tagalos.

Algunos episodios de esta lucha reproducen los grabados que en esta página y en la anterior publicamos, y acerca de los cuales vamos á dar sucintas explicaciones.

La batalla de Calocán, librada el 10 de febrero, seis días después de haberse roto las hostilidades, fué sangrienta en extremo: los filipinos se resistieron heroicamente; pero atacados por fuerzas muy superiores de Mac Arthur y sobre todo por la

las manos cuando más seguros se creían de atraparla; pero al fin la victoria coronó sus esfuerzos y pudieron exclamar «¡Lo cogimos!» con el mismo aire de triunfo que si hubieran verificado la captura de un criminal importante. Este asunto, si se quiere baladí, ha servido al célebre pintor italiano Vicente Irolli para trazar el hermoso cuadro que en este número reproducimos y en el cual compiten en atractivos las figuras y el paisaje, aquellas con los encantos de su rústica sencillez, éste con todas las bellezas de un cielo del mediodía y toda la grandiosidad que ostenta la naturaleza en las inmediaciones del Vesubio, que en el fondo del lienzo se distingue.

¡Lo cogimos!, cuadro de V. Irolli. - Refiere el Antiguo Testamento que Saúl salió de su casa en busca de unos asnos que se le habían extraviado á su padre, y que volvió á ella unido por Samuel como rey de los hebreos: los protagonistas del cuadro de Irolli salieron de la suya en busca del gallo que se escapara del corral, y si no regresan de su excursión hechos unos reyes, como el personaje bíblico, no vuelven menos satisfechos con la captura del desierto que regresara aquél con la adquisición de un reino. Trabajo les costó recuperar el ave fugitiva, que ora escondiéndose entre los matorrales, ora saltando de roca en roca, escurriéndose por decirlo así de entre

las manos cuando más seguros se creían de atraparla; pero al fin la victoria coronó sus esfuerzos y pudieron exclamar «¡Lo cogimos!» con el mismo aire de triunfo que si hubieran verificado la captura de un criminal importante. Este asunto, si se quiere baladí, ha servido al célebre pintor italiano Vicente Irolli para trazar el hermoso cuadro que en este número reproducimos y en el cual compiten en atractivos las figuras y el paisaje, aquellas con los encantos de su rústica sencillez, éste con todas las bellezas de un cielo del mediodía y toda la grandiosidad que ostenta la naturaleza en las inmediaciones del Vesubio, que en el fondo del lienzo se distingue.

Pedro III de Aragón en el collado de las Panizas, cuadro de M. Barbasán. - Excomulgado Pedro III de Aragón por Martín IV y ofrecida por éste la investidura de Cataluña, Aragón y Valencia á Felipe III de Francia para cualquiera de sus hijos que no fuera el primogénito, aceptó el monarca francés el ofrecimiento del pontífice para su hijo se-

EN EL FONDO DEL ABISMO

NOVELA ORIGINAL DE JORGE OHNET

(CONTINUACIÓN)

— La verdad es que Marenval me anima, dijo Tragomer con descuido. Por mi gusto hubiera descansado todo el invierno. Diga lo que quiera M. Harvey, la locomoción intensiva durante un año es muy fatigosa. Pero descansaremos en las costas cuando queramos. Seguramente estaremos en los puertos más tiempo que navegando. Y acaso llevemos con nosotros algunos amigos... Yo he pensado en Maugirón. Con él estaríamos seguros de comer bien; él se ocuparía de eso.

— Entonces, dijo Sorege, si vamos a Niza y a Mónaco, ¿encontraremos a ustedes?

— Seguramente, amigo mío; y si usted quiere ir a encontrarnos en Marsella, tendremos mucho gusto en llevarle por mar dentro de quince días.

Al oír esta proposición, la fisonomía de Sorege se tranquilizó. Movié la cabeza y dijo en tono cordial:

— Agradezco a ustedes vivamente su amabilidad, pero no puedo alejarme de París. Miss Harvey extrañaría con razón mi partida y yo no tendría gusto alguno en marcharme. Seguiré a ustedes, pues, con el pensamiento.

— Entretanto, amigo mío, interrumpió Tragomer, que temía verse descubierto por su astuto interlocutor, va usted a presentarnos a miss Maud Harvey como ha prometido...

— Con muchísimo gusto, a menos que M. Harvey no desee hacer el mismo esa pequeña ceremonia... Como navegante le debe a usted toda clase de deferencias...

— Sí, por cierto, dijo flemáticamente el americano. Creo, señor de Tragomer, que a mi hija le gustará conocer a usted...

Pasaron al salón, donde la señora de Weller, en el centro de un grupo de señoras, estaba haciendo funcionar un admirable fonógrafo que acababa de recibir de América. El aparato era la última palabra del progreso y reproducía exactamente las voces humanas y los sonidos de los instrumentos. Una cuadrilla de indios cantaba una canción semisalvaje que hacía entonces furor en todas las poblaciones americanas y bailaban una danza desordenada. Todo estaba exactamente reproducido, hasta las pisadas epilépticas de los bailarines y los aullidos de entusiasmo de los espectadores.

— Ahora, si ustedes quieren, dijo la dueña de la casa, oírán a la Patti y a Mac-Kinley...

Harvey y Tragomer se aproximaron a miss Maud, y en el momento en que Mac-Kinley empezaba a decir: *Fellow citizens of the senate...*, el ganadero, dirigiéndose a su hija y refiriéndose al joven, dijo:

— Te presento al vizconde de Tragomer, un amigo de tu futuro marido... Miss Harvey, mi hija.

La delgada fisonomía de la americana se esclareció con una sonrisa. Señaló a Cristián una silla al lado de su sillón y dijo en tono un poco autoritario:

— Siéntese usted. Celebro mucho hablarle; deseaba conocerle hace mucho tiempo. Algunos amigos míos me han hablado de usted con frecuencia.

— Su prometido...

— ¡No! El Sr. de Sorege no ha pronunciado jamás su nombre de usted. Y sin embargo, sé que ha sido su amigo durante muchos años. No debe usted extrañar el verme tan bien enterada; soy curiosa y me gusta saber lo que atañe a las personas con quienes entablo relaciones... ¡Y no las hay más importantes que las del matrimonio! Me alegro, pues, de conocer a los que han rodeado a mi futuro marido: se juzga muy bien a las personas por las que las acompañan... ¿Por qué Sorege no habla nunca de usted? ¿Están ustedes disgustados?

Tragomer, algo sorprendido por aquel atrevimiento, inclinó un poco la cabeza para disimular su embarazo. Le repugnaba dar a miss Harvey informes falsos y no quería declarar el enfriamiento de sus relaciones con Sorege. Una palabra dicha por ella a su prometido bastaría para ponerle en guardia.

— Tan poco disgustados estamos, que si su padre de usted no me hubiera hecho el honor de presentarme, iba a hacerlo Sorege mismo.

— ¡Tanto mejor! Yo quisiera que el Sr. de Sorege tuviera muchos amigos como usted... Parece que los tuvo muy malos en otro tiempo... ¿Quién era aquel Freneuse, que tan mal acabó?

Al oír aquella pregunta imprevista, Cristián se puso

rojo y miró atentamente a miss Harvey. Desde que tenía que habérselas con Sorege desconfiaba de todo. Sospechó que la americana servía inconscientemente de cómplice al hombre de las miradas ocultas y que aquella prueba había sido preparada como un lazo. Quiso entonces penetrar hasta el fondo del pensamiento de miss Maud y dijo:

— Ese pobre Freneuse, señorita, era un infeliz muchacho que conocíamos el Sr. de Sorege y yo desde la infancia y cuyas aventuras han sido causa de una gran aflicción para todos los que le tratábamos.

— ¿Por qué el Sr. de Sorege tiene tanta repugnancia en hablar de esas aventuras y del que fué su protagonista?... Nunca he podido sacar de él más que respuestas vagas y quejumbrosas sobre este asunto.

— Pero, señorita Maud, ¿por qué esa curiosidad?

— ¡Ah! Hay entre mis conocimientos muy malas lenguas que critican todo lo que se hace sin su intervención... Se ha criticado mucho mi proyecto de matrimonio con el Sr. de Sorege, y como no se encontraba nada reprehensible en su conducta, han recurrido a la de sus relaciones... De este modo he tenido que conocer ese desgraciado asunto de Freneuse. Ha habido quien me ha hecho entender que habiendo el conde vivido en intimidad con un culpable, no sería imposible que él llegase a serlo. Como es natural, he acogido esos absurdos con el desprecio que merecen; pero he interrogado a Sorege sobre su antiguo amigo, y él, que es tan dueño de sí mismo, se ha turbado y ha parecido estar en un suplicio. Entonces me propuse poner en claro lo que hubiese en el asunto...

— Pero, señorita, me cuesta trabajo comprender que una joven como usted, sin inquietudes y sin cuidados, aplique su atención a asuntos tan dolorosos como el que usted evoca. Y en todo caso, si el hecho de haber sido amigo de Jacobo de Freneuse es comprometedor, permítame usted hacerle observar que yo también fui amigo suyo.

— Sí, pero usted le defendió, usted no teme hablar de él, ni se pone violento cuando se pronuncia su nombre... Tengo la costumbre de pensar muy claramente y de hablar con mucha franqueza. En este asunto de Freneuse hay algo que me choca en lo que se refiere al Sr. de Sorege. ¿Qué es? Usted debe saberlo; dígamelo.

Cristián permaneció impasible.

— No tengo nada que decir a usted, miss Maud, sino que Jacobo de Freneuse no ha cesado de afirmar su inocencia y que algunos amigos suyos no han creído en su culpa, a pesar de las apariencias y a pesar de las pruebas.

— ¿Y usted es de esos amigos?

— Sí, soy uno de ellos.

— ¿Y no ha hecho usted nada hasta ahora para probar que no se engaña?

— ¿Qué he de hacer? La justicia ha pronunciado su fallo.

— ¿Y si se ha engañado?

— La justicia no se engaña, aunque es algunas veces engañada, que no es lo mismo.

— ¿Había, pues, en ese asunto alguien que tuviera interés en engañar a la justicia?

— Acaso.

— ¿Le conoce usted?

— No, no le conozco.

En este momento Sorege, inquieto al ver que la conversación de Tragomer y de su prometida se prolongaba, apareció en la puerta del salón. Miss Harvey le hizo seña con el abanico de que se aproximara, y con todo el ímpetu incontrastable de su naturaleza le dijo:

— Venga usted por acá. Estoy encantada de que mi padre me haya presentado al Sr. de Tragomer, que me está interesando mucho con el asunto de Freneuse, sobre el cual nunca he podido arrancar a usted ni una palabra. ¿Por qué no me ha dicho usted que le creía inocente?

— ¡Quisiera creerlo!, dijo Sorege con voz sorda.

— Tiene usted menos sencillez de espíritu ó menos indulgencia que el Sr. de Tragomer, porque él admite la inocencia de su amigo.

El conde inclinó la cabeza con tristeza.

— Tragomer tiene muchas razones para querer que Jacobo sea inocente; por eso afirma lo que desea.

— ¿Qué razones puede tener que usted no tenga? Era amigo de aquel desgraciado como usted, no más.

— ¿No ha dicho a usted entonces los lazos que le unían a la familia Freneuse?

Miss Maud fijó en Tragomer su clara mirada. El joven se sonrió.

— Es verdad; la señorita de Freneuse era mi prometida cuando ocurrió la catástrofe que echó por tierra todos nuestros proyectos. ¡Oh! Confieso que fué por mi culpa... No tuve constancia ni firmeza para desafiar y despreciar la opinión pública y sufrí débilmente la influencia de cobardes consejos. Me alejé un poco de esas desgraciadas señoras, y cuando volví hallé la puerta cerrada y los corazones llenos de desdén... Por eso he paseado por el mundo entero mi tristeza durante diez y ocho meses, sin lograr calmarla. Aquí tiene usted mi historia, que es la de todos los amigos de Jacobo de Freneuse, y ahora comprenderá usted por qué a Sorege le es desagradable hablar de este asunto.

— Le hubiera agradecido que me confesase la verdad, como agradezco a usted mucho su franqueza... Comprendo la resolución de la hermana de aquel desgraciado... Yo no perdonaría nunca una falta de valor moral... Me explico que se tenga miedo delante de un tigre ó de un león: es un efecto físico que no se puede razonar; pero creo que sería inexorable para un desfallecimiento intelectual. Después de volver del viaje, ¿ha hecho usted alguna tentativa para ver a su antigua prometida ó a su madre?

— No, dijo sordamente Tragomer; sé que sería inútil...

— Y usted, conde, ¿no las ha vuelto a ver?

— Nunca.

Miss Harvey se quedó un instante pensativa. Después dijo con una expresión de melancolía que contrastaba con su habitual vivacidad:

— La suerte de esas pobres mujeres es de lo más triste que se puede soñar. ¿Siguen creyendo en la inocencia del joven?

— Siempre.

— ¿Y no hacen nada?

— ¿Qué quiere usted que hagan?

— ¡Si yo estuviera en su lugar haría algo! No es admisible el estarse llorando y meditando en un rincón cuando se ha cometido una injusticia. Yo, señor de Tragomer, si uno de mis hermanos hubiera sido víctima de una maquinación semejante, no hubiera tenido ni un instante de descanso hasta hacer proclamar su inocencia; hubiera gastado para ello mis fuerzas, mi inteligencia y mi fortuna; pero no hubiera dejado al inocente en presidio, aunque tuviera que arrancarle de él a la fuerza con una cuadrilla de filibusteros...

A estas últimas palabras Sorege prorrumpió en una carcajada que produjo un ruido falso. Su mirada pasó por los entreabiertos párpados hasta fijarse en la cara de Tragomer para estudiarla con inquieto cuidado.

— Usted es, dijo, una verdadera amazona, miss Maud. Pero esas cosas no se hacen tan cómodamente como usted cree. Para guardar a los penados hay buenas tropas, sólidas fortificaciones y rápidos buques que recorren las costas.

— ¡Parece usted encantado por ello!, contestó con vivacidad la joven. La verdad es que no lo comprendo. Hay momentos en que parece que odia usted a su antiguo amigo.

— ¡Odiarle!, no; pero le vitupero severamente por haber malgastado tan torpemente su vida y alterado la de los demás. No tenía más que seguir tranquilamente el camino que se le ofrecía, y por su afición a los caminos extraviados se hundió en tal cloaca de vicios que fué imposible impedir que se perdiera. Le guardo rencor por eso, miss Maud, por eso solamente, y así pruebo una vez más mi amistad.

— Pero si está usted aún preocupado por ese muchacho, ¿por qué no participa de la creencia de su amigo? ¿Por qué no trata de discutir la culpa del condenado?

— ¡Ah! Eso es imposible. Nos estrellaríamos contra la evidencia, dijo Sorege con fuerza. Negar los hechos materiales y reconocidos, probar lo inverosímil, cerrarse a la evidencia, no es empresa para un ser sensato. Se puede gemir, lamentar, maldecir, re-

volverse contra el buen sentido; pero combatir contra la verdad, ¿para qué?

— Sorege tiene razón, miss Maud, dijo fríamente Tragomer. Lo comprendo tan bien que mis convicciones son enteramente platónicas. Si hubiera algo que hacer, ya lo hubiera intentado, esté usted segura. Precisamente porque todo lo creo inútil he tomado el partido de viajar para distraerme.

— Puesto que viaja usted, ¿por qué no va á ver á ese desgraciado?

Tragomer se estremeció y se preguntó una vez más si la americana estaría de acuerdo con Sorege para hacerle hablar. Pero la audacia misma de la pregunta destruía esa suposición. La joven estaba sencillamente influida por el genio aventurero de su raza, por el desconocimiento de los obstáculos que caracteriza á las grandes fortunas y por la inconsciencia de las leyes que es propia de la mujer.

— ¿Ir á Numea?, preguntó Sorege con su voz falsa. ¡Triste expedición!

— No tendría valor, dijo Tragomer, para ver en la abyección un hombre á quien he conocido bello y brillante. ¡Cómo estará después de dos años de vida común con aquellos innobles compañeros! El carácter se rebaja pronto, el cuerpo se gasta y las malas costumbres se apoderan del hombre. El presidio convierte un individuo inteligente y fuerte en un ser envilecido y degradado... Prefiero no ver ese espectáculo que me causaría profunda pena...

— Y sin embargo, usted le cree inocente y se resigna á pensar que vive en esas miserables condiciones sin tratar de sacarle de ellas. Va usted á pasarse por el Mediterráneo para poder desembarcar en Cannes ó en Monte Carlo, lo que es muy agradable y muy higiénico. Allí no verá usted espectáculos tristes, si trata de no mirar á los tísicos. Me habían dicho que los franceses eran los últimos enamorados de la Quimera y que no se cometía en el mundo una heroica locura sin que tomasen parte en ella. Celebro ver que han adquirido sentido práctico y que antes de tomar una resolución consultan sus intereses. Sr. de Tragomer, buen viaje. Tengo mucho gusto en haber conocido á usted. Probablemente habrá usted vuelto de su expedición en la primavera; si quiere venir con mi padre y conmigo á la isla de Wight, adonde iremos como todos los años, hará un viaje muy de su agrado, pues se divertirá sin emociones ni disgustos.

Al hablar así miss Maud miraba al joven con una sonrisa violenta que daba á su cara expresión de desdén extraordinario. Sorege intervino con aire paternal.

— ¿Pero hay que estar loco, miss Maud, para agradecer á usted? No es justo sermonear á Tragomer por mi causa. ¿Por qué exigirle una sublimidad de que yo no le doy el ejemplo? Esta noche está usted de humor regañón, y en este caso aquí estoy yo para servir de blanco. Pero, por favor, que se salven los transeuntes.

Miss Harvey se echó á reír.

— Después de todo, conde, tiene usted razón, como decía su amigo, y él también la tiene. He hecho mal en ponerme agresiva.

— ¡Los pueblos nuevos!, dijo Sorege. Ya pensarán como nosotros, razas cansadas.

La joven ofreció la mano á Tragomer y le dijo con su amabilidad acostumbrada:

— Me he exaltado un poco; espero que me dispensará usted.

— Con mil amores, dijo el bretón; y con más motivo todavía, puesto que Sorege es el que ha hecho el gasto.

Todos rieron y el mismo Sorege se dignó alegrar un poco su impasible fisonomía.

— Ahora, dijo la americana, no me interesa ya permanecer aquí y me voy.

Hizo una señal á su padre y se alejó seguida de Sorege. Marenval, que acechaba á su compañero hacía largo rato, se acercó entonces y preguntó no sin inquietud:

— ¿Qué diablos de conferencia han tenido ustedes los tres en ese rincón? Por los ademanes, me parecía que la conversación era grave.

— Y no se engañaba usted. A poco me ofrece miss Maud llevarme ella misma á la Nueva Caledonia.

— ¡Usted se chancea!

— No por cierto. Y esto delante de Sorege. Todavía tiemblo.

— ¿Entonces la hija después del padre? ¡Pero esta familia tiene la manía de pasear á la gente por el mar!

— Me ha hecho sufrir un verdadero interrogatorio á propósito de Jacobo de Freneuse...

— ¡Bah! ¿Para qué?

— Eso quisiera yo saber. He sospechado un instante que Sorege había preparado esta encerrona

para cogerme... Pero no; estaba tan violento como yo. Todo ha sido casual... En todo caso pienso, en un momento dado, sacar partido de la entrevista. Miss Harvey no permanecerá indiferente á nuestros esfuerzos en favor de Freneuse. Si hay necesidad de pedirle su ayuda en una circunstancia decisiva, no la creo mujer de regateárnosla.

— ¿Contra su prometido?

— Hasta contra él.

— ¿Está usted seguro de no haber dejado adivinar nuestros proyectos?

— Completamente. He preferido dejar que esa muchacha se burle de mí. En este momento le inspiro una deplorable opinión. Yo haré que la modifique.

— ¿Se va usted?

— Sí, tengo que terminar aún algunos preparativos y que arreglar algunos negocios.

— ¿Dónde nos veremos mañana?

— A las tres, en casa de la señora de Freneuse. Quiero tratar de verla y cuento con usted para que me reciba.

— Hasta mañana, pues.

El sombrío hotel de la calle de Petits-Champs pareció despertar de su lúgubre silencio cuando el timbre de la puerta resonó, impacientemente movido por Tragomer.

Giraud salió á abrir, sonrió á Marenval y se quedó estupefacto al ver á Tragomer. Su cara volvió á tomar el aspecto taciturno, y cuando Marenval le preguntó:

— ¿Están visibles las señoras?

— Para el señor, ciertamente, respondió el criado, pero no sé si el Sr. de Tragomer...

El acento lleno de censuras de aquella frase interrumpida impresionó profundamente á Tragomer. Desde el primer paso veía exactamente los sentimientos que había para él en aquella casa. ¡Aquel hombre que en la niñez le llevaba á su casa después de jugar con Jacobo, y que le daba paternalmente golosinas y caricias, dudaba si sus señoras querían recibirle! El hotel de los Freneuse aparecía silencioso y desolado; Jacobo no estaba allí ya; el criado se presentaba encorvado, tembloroso y triste, y él volvía á entrar como un extraño en aquella mansión antes abierta y risueña...

— Haga usted el favor, Giraud, de anunciar á las señoras mi venida; voy á esperar en el saloncillo, donde...

Al decir estas palabras tan llenas de recuerdos para él, las lágrimas se agolparon á sus ojos.

— ¡Ah, Sr. Cristián!, exclamó el criado conmovido. Nuestro Jacobo no le hará á usted compañía como en otro tiempo... Pero creo que no le ha olvidado usted y que le quiere todavía... ¡Oh! Bien pensaba yo que era imposible que hubiese abandonado á su amigo como los otros...

— No, Giraud, no le he abandonado. Ya tendrá usted la prueba. Pero es importante que hable con la señora de Freneuse. El Sr. Marenval va á pedir que me reciba. Conduzca usted y yo esperaré que me llamen.

Entró en la pieza donde Marenval había interrogado tan largamente á Giraud acerca de Sorege, y el criado y Cipriano se encaminaron al salón en el que aquella madre desconsolada pasaba su existencia sin esperanza. La hija estaba trabajando silenciosamente en el hueco del balcón. Fuera de los detalles corrientes de la vida, las dos mujeres no hablaban nada: estaban tan de acuerdo que no necesitaban palabras para comprenderse.

La puerta se abrió y apareció Marenval detrás de Giraud. La señorita de Freneuse dedicó al recién llegado una amable sonrisa, se levantó y ofreciendo la mano á Cipriano le condujo hasta su madre.

— Había prometido volver muy pronto, queridas primas, dijo el antiguo comerciante, y aquí estoy para traer á ustedes mejores esperanzas que la última vez.

— ¿Ha sabido usted algo favorable á nuestra causa?, preguntó turbada la señora de Freneuse.

— Sí, ciertamente, muy favorable... Pero ante todo, no quiero que se me atribuya á mí solo el mérito de lo que se ha logrado. En este asunto he tenido un aliado hábil y perseverante á quien se debe la parte más importante de los resultados obtenidos...; es Tragomer.

La frente de María se obscureció, pero Marenval no se desconcertó por eso.

— Es indispensable que le vean ustedes. Sólo él podrá darles los importantes datos que posee, pues él es quien los ha obtenido á fuerza de perseverancia y de sagacidad.

La señora de Freneuse miró á su hija para ver cómo acogía esta petición. La joven hizo un movimiento de protesta, palideció y dijo sin embargo:

— Recíbele, madre mía, si tienes en ello interés Yo me retiraré.

— ¿No puedes mostrarte menos rigurosa?

— Nunca olvidaré lo que ha hecho, bien lo sabes.

— Sin embargo, si repara su falta y trabaja con nosotros por la rehabilitación de tu hermano...

— Para convencerme necesito algo más que vanas palabras, dijo la joven con amargura.

Llamó y dijo á Giraud, que apareció en la puerta: — Haga usted subir al Sr. de Tragomer.

Y sin decir más, pasó por delante de su madre y de Marenval y salió.

— ¡Ese pobre Cristián!, dijo Cipriano á la señora de Freneuse. Cuando usted sepa lo que ha hecho y lo que está dispuesto á hacer, será usted su abogado cerca de María. Es preciso no desanimar á un hombre tan útil. ¡Diablo! ¿Qué sería de nosotros sin él?

Tragomer entró. Durante un momento permaneció indeciso en la puerta, buscando con la vista á María, y no vió más que á la señora de Freneuse enlutada y con el cabello blanco. Sus labios se agitaron, sus ojos se pusieron húmedos, y sin poder articular palabra Cristián fué á arrodillarse con respeto filial ante aquella mártir. La anciana abrió los brazos y ambos confundieron por un instante sus lágrimas. Por fin la señora de Freneuse se separó, enjugó sus ojos y dijo mirando afectuosamente al joven:

— Gracias, Cristián, por haber vuelto. Por unos minutos ha hecho usted resucitar el pasado. Veamos ahora qué ha hecho para que el porvenir sea mejor.

Tragomer se levantó, se apoyó en la chimenea y contestó, dirigiéndose tanto á Marenval cuanto á la madre de Jacobo:

— He adquirido la convicción, más aún, la certeza de que la mujer por cuya muerte fué condenado Jacobo vive.

— ¡Lea Peralli!, exclamó con estupor la anciana.

— Lea Peralli. Ha habido en este asunto una parte misteriosa que estoy en vías de aclarar y no retrocederé ante nada para conseguirlo. Nuestro amigo Marenval me ayuda valerosamente, animado del mismo deseo y del mismo ardor que yo. Al fin de nuestra empresa está la declaración de inocencia de su hijo de usted. Esto es lo que vamos á tratar de realizar.

— ¿Pero cómo?

— Mañana salimos para un largo viaje por mar. Nos vemos precisados á costear por el Mediterráneo á fin de aparecer en Niza, en Nápoles, en Palermo y en Alejandría, engañando así á los que nos observan. Pero repentinamente cambiaremos de rumbo, pasaremos el canal de Suez, nos lanzaremos á todo vapor en el mar de las Indias, y por Colombo llegaremos á la Nueva Caledonia. Allí bajaré á tierra, veré á Jacobo y le plantearé las formidables preguntas que deben esclarecer por completo la obscuridad de que tan hábilmente han sido rodeados los pormenores del crimen.

— ¿Van ustedes á verle?, exclamó la madre juntando las manos con ademán suplicante. ¡Oh! Llévenme con ustedes.

— No podemos. La presencia de usted á bordo sería una confesión de nuestros proyectos. Por el contrario, es preciso que cuide usted de salir alguna vez durante nuestra ausencia, para que todo el mundo sepa que está en París.

— ¡Todo el mundo! ¿Quién tiene interés en vigilarme y en temerles á ustedes?

— El cómplice ó los cómplices, ó los culpables mismos, en cuyo lugar sufre y expía Jacobo. Si los ponemos en guardia pueden escaparse. Para apoderarnos de ellos, es preciso que caigamos encima como un rayo...

— ¿Pero yo los conozco?, preguntó con angustia la anciana.

— No me pregunte usted, respondió Tragomer; contétese con la esperanza que le doy. Después de haber vivido durante dos años en el aniquilamiento y en el dolor, puede usted volver á la esperanza y á la alegría.

— ¡La alegría! ¡Ay! Nunca la recobraré, aunque vuelva á ver á mi hijo. Estas pruebas rasgan el corazón para toda la vida. Véame usted; estoy encorvada, blanca y arrugada como una octogenaria y no tengo cincuenta años. Ruego al cielo que los que me han proporcionado mi horrible tortura no sufran todo el castigo que merecen...

— ¡Oh, señora!, le sufrirán terrible, porque su maquinación tuvo tan buen resultado, que se creen seguros de la impunidad. Ha sido preciso un conjunto de circunstancias increíbles para que yo haya encontrado el primer hecho que me abrió los ojos. De pesquisa en pesquisa, hemos necesitado mucho tiempo y muchos esfuerzos para llegar al punto en que estamos y aún no hemos hecho nada y todo está por hacer.

— ¿Pero tienen ustedes, al menos, esperanzas de

lograr su empeño?, dijo la anciana espantada por las restricciones de Tragomer.

— Mi querida prima, dijo Marenval, míreme usted bien. Yo no me aventuro con frecuencia, y sobre todo, jamás lo hago a la ligera. Para que un hombre como yo, al fin de su carrera, acomodado, dichoso, libre, rico y sin otro cuidado que el de vivir bien, emprenda un asunto como este en que nos hemos comprometido Tragomer y yo, es preciso que esté firmemente seguro del resultado. ¡Sí! Le lograremos.

La señora de Freneuse miró con extrañeza mezclada de asombro á Cipriano y éste añadió con acento de bondad:

— Tragomer me lo ha prometido y tengo confianza en él.

— Pero ¿cómo sabremos lo que suceda?

— Todo lo he previsto. Mi ayuda de cámara recibirá nuestras cartas y se las traerá á ustedes; así estarán al corriente, sin recibir una correspondencia directa. La indiscreción de un empleado ó la charla de un doméstico podrían descubrirnos y echarlo todo á perder.

— ¿Y qué haré yo para responder á ustedes?

— Seguirán el mismo camino. Mi ayuda de cámara es un hombre de confianza, como Giraud. Pueden ustedes darle sus cartas y él las dirigirá al capitán de nuestro yate.

— Lo que encargo á ustedes desde ahora, dijo con intensa emoción la anciana, es que abracen á mi desgraciado hijo en mi nombre y le aseguren que mi corazón no ha dudado jamás de él y que mi pena no me ha importado pensando en la suya. Ha cometido muchos errores y muchas faltas, pero está pagando su mala vida con un suplicio que le limpia y le engrandece. Díganle ustedes esto, que le consolará si ha llorado, y antes de prometerle la rehabilitación háganle ver que nada se pierde en este mundo, ni aun el dolor.

— Realizaré sus deseos, señora, dijo gravemente Tragomer; pero si usted piensa que se puede expiar cualquier error, dígnese ser indulgente con los que yo he cometido. ¿No querrá usted abogar por mí con la señorita de Freneuse? Sería muy dulce para mí decirle adiós antes de marchar. Si sigue inexorable por lo que á ella concierne, acaso quiera animarme por cariño á su hermano. No pido ningún perdón, ninguna esperanza. Un sencillo deseo de buen éxito; y si no vuelvo, una oración.

La señora de Freneuse se levantó, pasó á la pieza contigua, donde estuvo un instante, y volvió á aparecer seguida de su hija. Las dos mujeres estaban pálidas y con los ojos llenos de lágrimas. María se adelantó hacia su antiguo prometido y dijo con voz segura:

— Ha pedido usted verme, Sr. de Tragomer, antes de partir. Sé que va usted á intentar la salvación de mi hermano y no puedo oponerme á ese deseo. Aquí estoy.

Tragomer permaneció delante de ella turbado, temblando y desgraciado. Quiso hablar, pero había prometido callarse. Su justificación le subía á los labios y su corazón estaba lleno de pena viendo después de dos años, adelgazada y abatida por el dolor, á la que había conocido risueña y dichosa. Le parecía más hermosa en el dolor que en la alegría. Su cara había tomado un carácter de nobleza y de altivez en vez de su antigua expresión de descuido y de candor. Se adelantó hacia ella y dijo con dulzura:

— María...

La joven se estremeció ante los recuerdos que evocaba en su mente aquel nombre pronunciado por su antiguo prometido. Todo el pasado desfiló por sus ojos. Vió la casa alegre y animada, á su madre dichosa, á su hermano mimado á pesar de sus locuras, y á ella sonriente ante un porvenir de felicidad.

Ante ese cuadro tan dulce de la antigua vida, acabada para siempre, la joven no pudo contener su emoción y llevándose las manos á la cara rompió en sollozos. Tragomer, entonces, sin poder contenerse, dijo con vehemencia apasionada:

— Esas lágrimas, María, me afligen y me encantan á la vez, porque indican que no lo ha olvidado usted todo y que su corazón no está cerrado para siempre. ¡Oh!, sí, se abrirá de nuevo para mí, lo sé, y me perdonará. Tanto haré, que olvidará usted su justo resentimiento. Si hubiera partido sin ver á usted, creo que mi empeño hubiera fracasado. Ahora que ya no tengo ninguna inquietud, estoy seguro de triunfar. Sepa, pues, que por usted haré todo lo que he pensado; y entonces, comparando mis errores con la reparación conseguida, llegará un día en que usted me perdone.

María se levantó tranquila, fuerte, decidida, y mostrando á Cristián su hermosa cara transfigurada por la esperanza, pronunció estas palabras:

— ¡Logre usted su empeño!..

Tragomer lanzó un grito de júbilo; y viendo la mano de María que caía con descuido por encima de su falda, la cogió arrodillándose é imprimió en ella respetuosamente sus labios. Después se inclinó ante la señora de Freneuse y dijo:

— ¡Vamos, Marenval; ahora partamos!

— ¡Partamos!, repitió Cipriano con energía.

Y abrazando calurosamente á las dos mujeres, siguió á Tragomer.

SEGUNDA PARTE

I

La chalupa de vapor se detuvo al pie de la escalera del muelle, y un sargento de infantería de marina tiró con un gancho de la embarcación para facilitar el desembarque del pasajero. Éste se levantó de la popa, donde estaba sentado al lado del timonel, y dijo en inglés:

— Esperadme aquí hasta que vuelva. Acaso tardaré largo tiempo; que ni un solo hombre baje á tierra.

— Muy bien, mister Cristián.

Tragomer, vestido de tela blanca y llevando en la cabeza el casco colonial de corcho, saltó con ligereza á las losas mojadas de la escalera y subió al muelle. Una bandada de canacas vestidos de sórdidos oropeles se agolpó delante del viajero. El sargento exclamó rudamente:

— ¡Atrás, atajo de brutos!..

Y levantando un revenque que tenía en la mano pareció dispuesto á poner de acuerdo sus actos con sus palabras. Los indígenas hicieron plaza al recién llegado y éste se encontró solo en presencia del jefe del puesto.

— ¿Ha desembarcado usted del pequeño buque inglés, caballero?

— Sí, dijo Tragomer con un fuerte acento inglés, he desembarcado para todo el día. Quisiera visitar el establecimiento penitenciario...

— Hay que pedir permiso al gobernador.

— ¡Ah! ¿Y dónde está el gobernador?

Con la habitual complacencia francesa, el sargento buscó con la vista alrededor, y viendo un vigilante canaca que estaba holgazaneando sentado en el parapeto de la estacada, le gritó:

— ¡Derinho! Vas á acompañar hasta el palacio á este señor extranjero... No encontrará usted al gobernador, caballero; está haciendo un viaje á bordo del aviso de guerra, pero le recibirá á usted su secretario... Sí, son las tres y debe estar allí todavía. Si por casualidad se hubiera marchado, lléguese usted al café de la *Cousine*.

— Gracias, dijo sonriendo Tragomer.

Y no queriendo ofrecer dinero al digno sargento, sacó del bolsillo una petaca de paja de Manila y la presentó al jefe del puesto.

— Hágame el favor de aceptar un cigarro.

— ¡Con mucho gusto!.. ¡Cáspita! ¿Ha pasado usted, al venir, por la Habana?

Cristián vació la petaca en las manos del soldado, y saludándole, siguió al guía que le esperaba.

— Esta vez, exclamó alegremente el soldado viendo alejarse al viajero, si atrapo el cáncer del fumador no será con colillas...

Y encendiendo voluptuosamente un cigarro de príncipe ó de banquero, continuó su interrumpida ronda de vigilancia. Hacía un calor sofocante, apenas dulcificado por la brisa del mar. La isla de Nou extendía enfrente de la rada su costa baja orlada de espuma y en el cielo sin nubes se recortaban las agrestes y verdosas cimas de la isla de los Pinos. La bahía estaba animada por el movimiento de las chalupas y de los lanchones conducidos por marineros canacas. Un gran barco carbonero estaba llenando sus calas y extendía en derredor una mancha negra, mientras algunos buques mercantes, con las velas plegadas en las vergas y las chimeneas inactivas, balanceaban su mole sobre las ondas azules. Unos cuantos metros más lejos, un yate blanco, armado en goleta, de poca altura sobre el agua y cortado para regatas, levantaba su chimenea amarilla, por la que se escapaba un ligero penacho de humo. En el palo de popa flotaba la bandera inglesa y el movimiento de la tripulación en el puente indicaba que el barco tenía sus calderas encendidas y estaba pronto á marchar.

Por un paseo de árboles cuya vitalidad no honraba á la administración colonial, Tragomer entró en la población, precedido por el guía. Como hacía buen tiempo, una espesa capa de polvo cubría el camino, que en la época de las lluvias debía convertirse en un río de cieno. A uno y otro lado se veían algunas tiendas de licenciados de presidio que ofrecían á la población objetos de utilidad ó de lujo. Las muchachas canacas, con sus sombreros trenzados y sus ves-

tidos de algodón de colores, pasaban, de vuelta del mercado, mostrando las cestas llenas de pescados y respondiendo con sonrisas á las miradas de los soldados de marina. El vigilante acortó el paso y Tragomer vió delante de él una construcción bastante vasta en la que se ostentaba la bandera tricolor.

— ¡Palacio!.., dijo con énfasis Derinho, escupiendo un charco de saliva enrojecida por el betel.

— Bien, respondió Tragomer, que divisó al centinela apoyado negligentemente en su fusil á la sombra de la garita.

Cristián dió una moneda al guía y entró en el palacio. Una cuadrilla de penados estaba componiendo el techo de un pabellón, y el vigilante, sentado en una viga, fumaba tranquilamente. Sobre una puerta Tragomer leyó: «Administración penitenciaria. — Despacho del Gobernador. — Secretaría general.» Entró y un empleado soñoliento levantó la cabeza al oír pasos y dijo con voz agria:

— ¿Qué desea usted?

— Hablar con el señor secretario...

— ¡Otro inglés!, murmuró el empleado.

Y levantándose perezosamente entró en la habitación contigua.

— Pase usted, dijo al reaparecer poco después.

El secretario estaba medio echado en una butaca, con el chaleco desabrochado y la corbata deshecha. Al ver al visitante se levantó, indicó con mano negligente un sillón enfrente del suyo, y con una cara que expresaba grande asombro, pues nadie iba á aquel país sin estar obligado, dijo:

— ¿A quién tengo el honor de hablar?

— Sir Cristián Fergusson, de Liverpool, y aquí tiene usted una carta del cónsul de Francia en Colombia que me recomienda á la benevolencia del señor gobernador.

— ¿El señor es inglés?, dijo el secretario cogiendo el papel con amable indiferencia. Sí, no vemos visitantes si no son ingleses ó americanos. Los franceses no vienen jamás. Esos no viajan... ¿Para qué venir, por otra parte, á este endiablado país? ¡El establecimiento! ¡Los campos penitenciarios! ¡Bonito espectáculo! En fin, cada uno tiene su gusto...

Echó una ojeada á la carta y continuó:

— Está usted haciendo un estudio comparativo del régimen penal de las naciones europeas... ¡Ingrato trabajo! Hay que ver de cerca á los penados, como nosotros los vemos, para darse cuenta del escaso partido que se puede sacar de ellos para colonizar... ¡Mal ganado, caballero, mal ganado! ¡Y difícil de conducir! Todos creen, al llegar aquí, que van á estar en Jauja. Los hay que están en las cárceles de Francia y matan para ser enviados á la Nueva Caledonia... Ven la colonia á través de sus sueños, y cuando se encuentran con la realidad viene el desencanto. Aquí no gozan de una existencia de plantador ó de sibarita..., ni con mucho. Creen que van á pasar el tiempo fumando en la orilla del mar, como parisenses de veraneo, y se sublevan cuando ven las cuadras, los dormitorios en que duermen encadenados, los vigilantes revolver en mano... ¡Oh! Cuando se portan bien, la administración es paternal con ellos. Se les admite en las oficinas, se dulcifica su suerte y se les hace casi dichosos... Pero ¿cuántos se hacen dignos de estos favores?... La mayor parte no tienen más que una idea: robar y escaparse...

El secretario tomó aliento. Su oyente le había escuchado con una atención que le halagaba, y ya se preparaba á proseguir, cuando Tragomer le preguntó:

— ¿Son frecuentes esas evasiones?

— Muy frecuentes, pero casi siempre inútiles. Para que un penado se pueda escapar, es preciso que le recoja un buque. Tuvimos en otro tiempo la evasión de Rochefort con Olivier Pain, que se cita como una especie de leyenda. Pero es preciso gastar mucho dinero y tener cómplices fuera para que salga bien una tentativa semejante... Generalmente, los que se escapan se meten en las malezas y viven allí como bandidos corsos, hasta que los cogen los canacas ó se rinden ellos mismos... Su única probabilidad de salvación es apoderarse de una lancha y tratar de llegar á la Australia... Pero entonces corren el riesgo de morir de hambre ó de que se los coman los tiburones.

— ¿Y dónde se escapan más fácilmente?

— En la isla Nou... El último que nos jugó esa partida consiguió despojar de su uniforme al vigilante y atarle como un salchichón... Después se escapó en su lancha, pero se le alcanzó en el mar y fué preso...

— ¿Hay en este momento penados cuya conducta sea ejemplar y que merezcan los favores de que me hablaba usted hace poco?

— ¡Ah! Ya veo que está usted haciendo averiguaciones serias, dijo el secretario, mirando con curiosidad á Cristián.

(Continuará)



LUIS CEREBOTANI

LUIS CEREBOTANI Y LA TELEGRAFÍA

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS

El electricista italiano Luis Cerebotani dió hace poco tiempo en Munich una conferencia experimental sobre sus inventos en telegrafía: asistieron á ella el príncipe regente de Baviera, varios miembros de la familia reinante, algunos ministros, generales, el director de telégrafos, muchas notabilidades científicas y no pocos capitalistas.

Hizo el inventor algunas consideraciones generales acerca de sus innovaciones técnico-telegráficas y describió los sistemas telegráficos hasta ahora empleados, que son tres: el de los signos convencionales (telegrafía Morse), el de los caracteres impresos (telégrafo impresor) y el de la transmisión químico-eléctrica de escritos ó dibujos previamente preparados.

niendo en cuenta que pueden transmitirse á la vez varios despachos por un solo alambre, haciendo uso del teclado que recuerda el de las máquinas de escribir.

Por lo que hace á las transmisiones de escritos ó dibujos, demostró Cerebotani que los conocidos métodos de Backwell y del abate Caselli pueden ser aplicados con gran ventaja con tal de que se emplee su sincronismo y la manera ingeniosísima y completamente segura por él demostrada de trazar círculos concéntricos sobre una superficie entera. El aparato de que se vale es el que reproduce la figura 1.

rato transmisor de escritos y dibujos está reproducido en la figura 3.

Otro aparato que puede considerarse como artículo de telegrafía y que interesó en alto grado á cuantos asistieron á la conferencia y lo vieron funcionar es el llamado *autotelemeteorómetro* (fig. 4). Con este aparato, que funciona ya en Isvezia, se transmiten y registran automáticamente á cualquiera distancia los grados de cada uno de los instrumentos meteorológicos de un observatorio, tales como barómetro, termómetro, higrómetro, anemómetro, dinamómetro, pluviómetro, aerodinómetro, etc.

El aparato está formado por un pequeño kiosco de

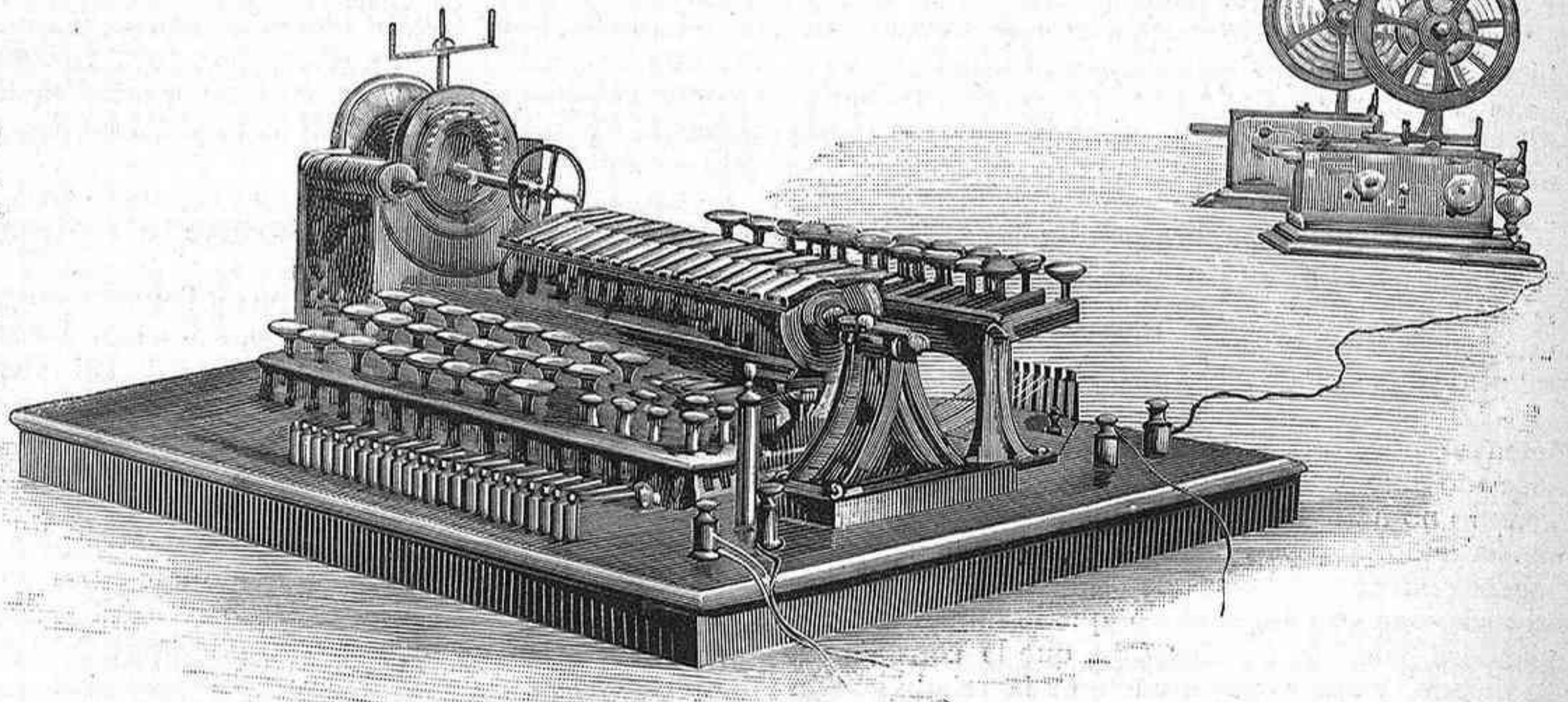


Fig. 1. - Nuevo aparato para la telegrafía Morse con teclado sistema Cerebotani

Pero Cerebotani no tiene necesidad de atenerse al conocido sistema electro-químico copiante, que consiste, no en la transmisión inmediata de lo escrito, sino en la reproducción en el aparato receptor por medio de los movimientos conocidos de un cilindro y del punzón (como sucede en el fonógrafo de Edison) de un escrito anteriormente preparado y aplicado á otro cilindro igual transmisor.

hierro y su órgano principal es un tambor rodeado de los referidos instrumentos y provisto de una sección transmisora compuesta de unas reglas metálicas con escala.

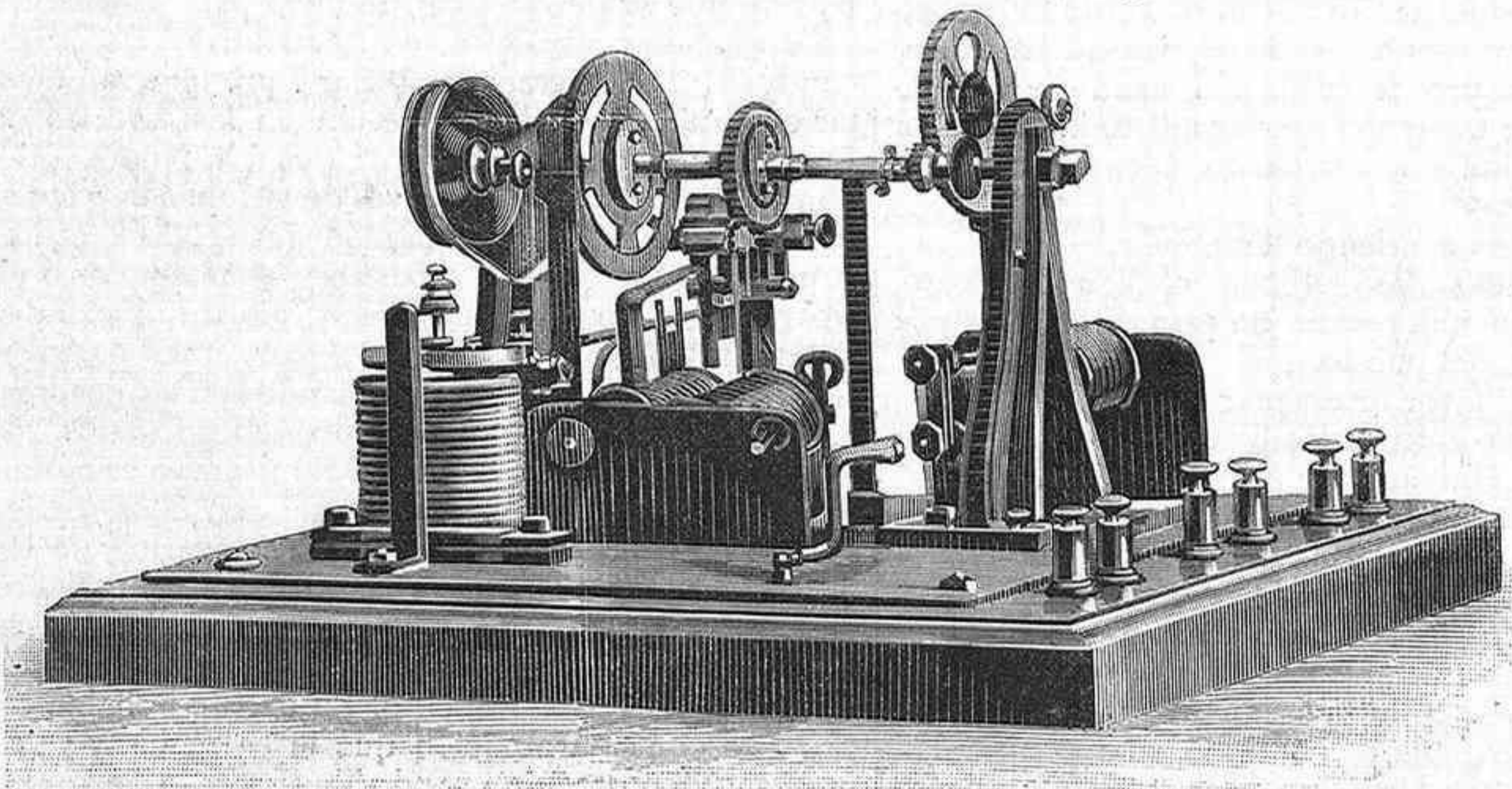


Fig. 2. - Aparato receptor

Todos estos sistemas encuentran una aplicación *sui generis* en el nuevo sistema Cerebotani, y así como hasta ahora la combinación de los signos se hacía con la mano y por lo tanto la velocidad de la misma estaba limitada por la velocidad de los movimientos de ésta, con el nuevo método es un hecho independiente, puesto que la mano no tiene más misión que golpear á intervalos tan cortos como se quiera en los cuales se sintetiza luego la acción electro-mecánica que transmite el signo entero, el cual es reproducido por el aparato receptor (fig. 2).

Si con este sistema resulta rapidísimo el telegrafiar en forma sencilla, imagínese cuánto más rápido resulta el mismo te-

El inventor italiano transmite directa é inmediatamente y, lo que es más admirable, por un solo alambre los mismos signos que va trazando la pluma transmisora: los experimentos llevados á cabo tuvieron un éxito sorprendente. El apa-

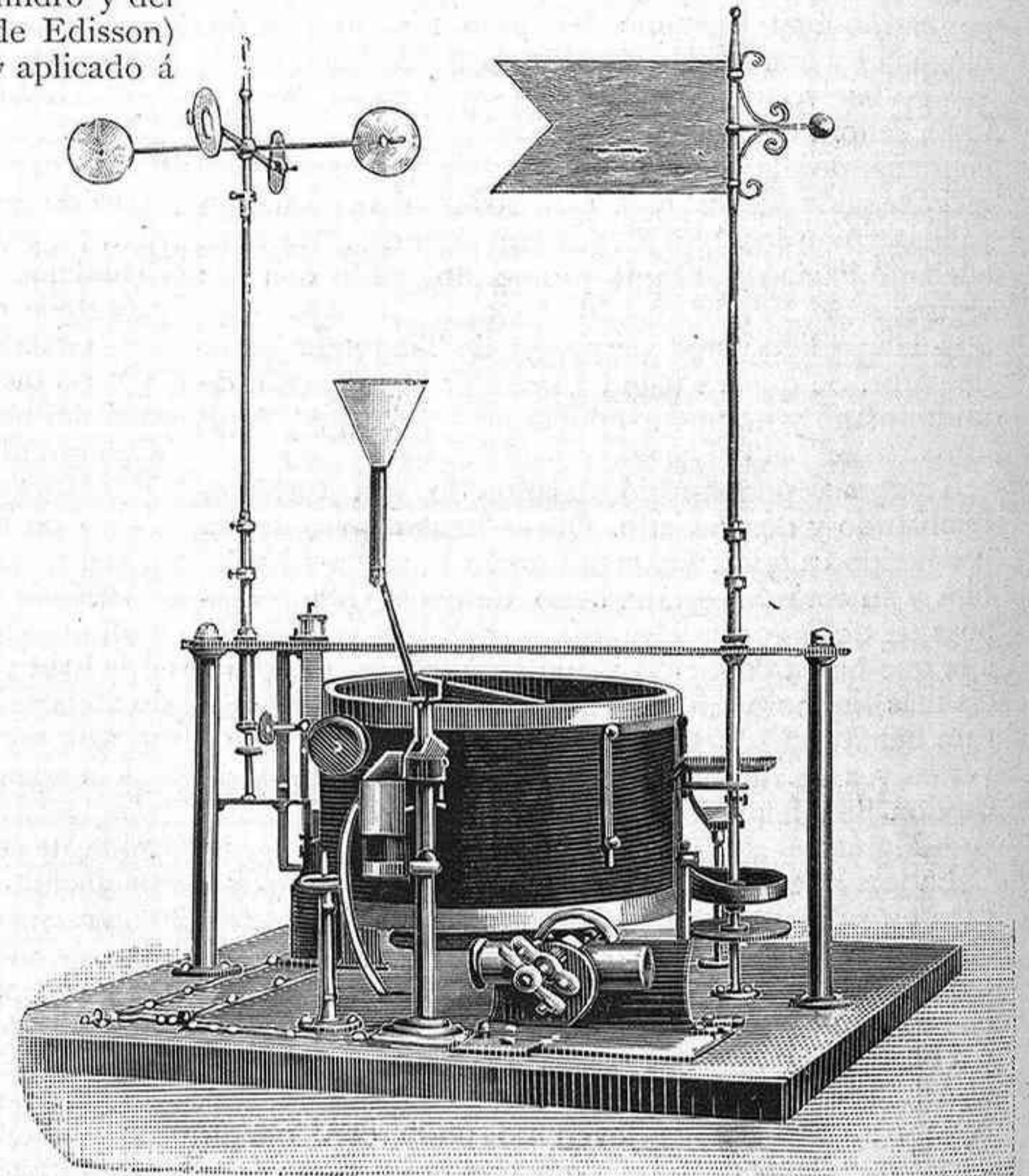


Fig. 4. - Estación meteorotelegráfica automática

El funcionamiento de este aparato sencillísimo consiste: 1.º en ponerse á girar el tambor en el momento en que se cierra la corriente en el sitio en que se quiere hacer la observación; 2.º en formarse en la cinta del aparato Morse de la estación receptora una serie de varios grupos de puntos cuyo número

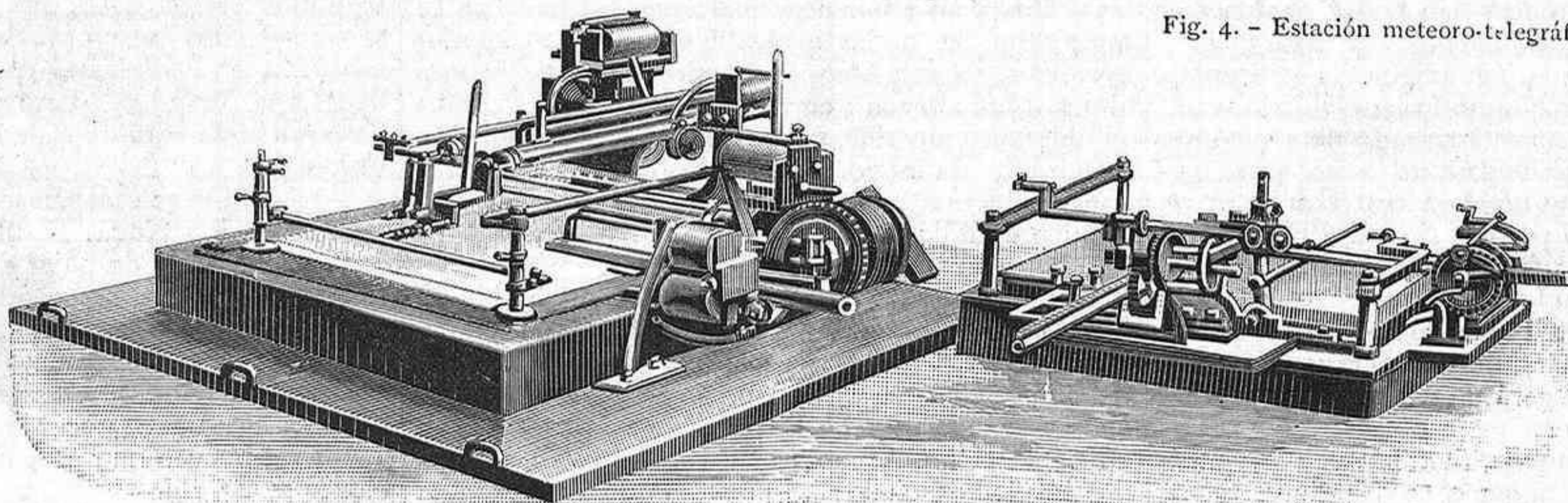


Fig. 3. - Sistema Cerebotani para la transmisión de escritos y dibujos

indica exactamente el estado del instrumento; es decir, tantos grupos cuantos son los instrumentos que han de transmitir su estado y cuyo orden se conoce; 3.º en cesar de moverse el tambor citado en el momento en que se abre la corriente.

La figura 5 es reproducción de la regla eléctrica transmisora, la cual está provista de algunas planchitas de contacto y puesta en comunicación con un telégrafo impresor ordinario por medio de un alambre.

Todos los experimentos ejecutados por Cerebotani maravillaron

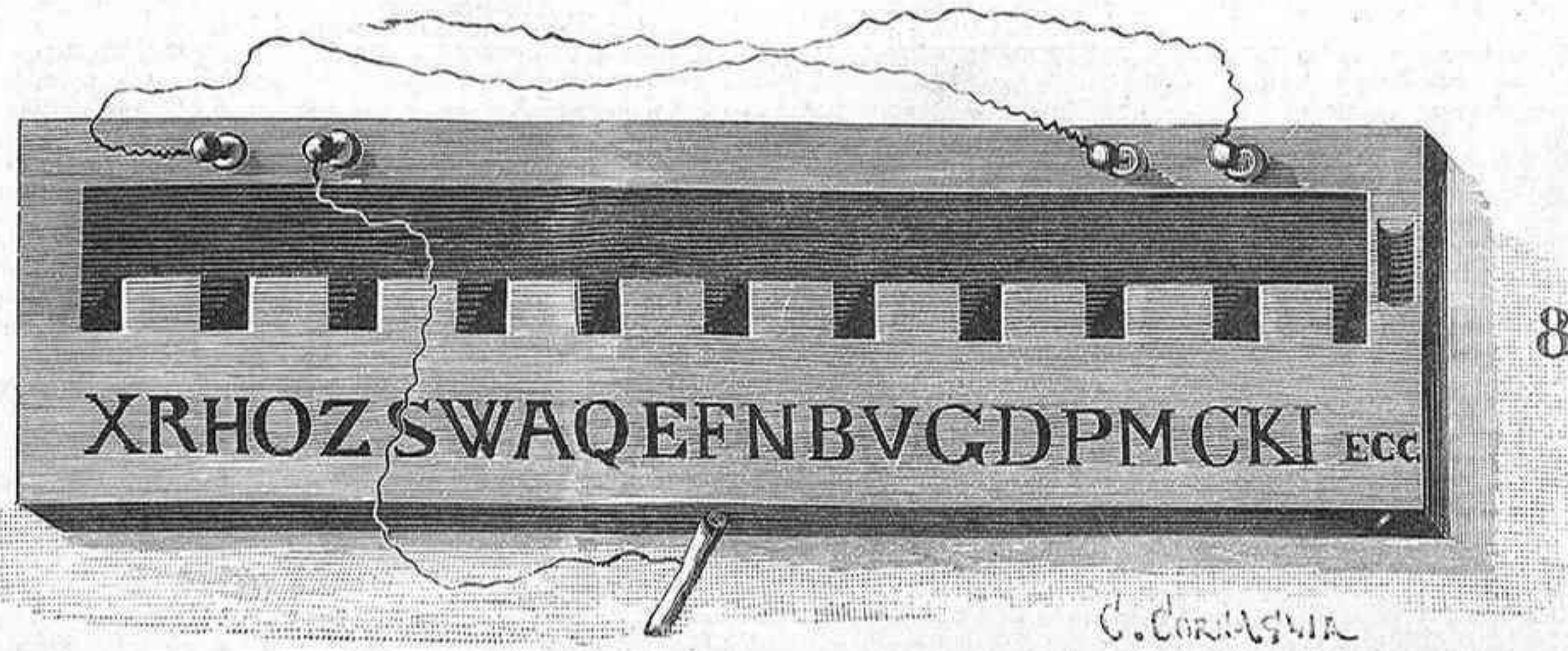


Fig. 5. - Regla eléctrica transmisora

á los concurrentes á la conferencia, quienes, una vez terminada ésta, examinaron detenidamente los interesantes instrumentos expuestos y felicitaron calurosamente al ilustre sabio italiano.

Desde Munich se ha dirigido Cerebotani á Berlín, por invitación especial del emperador Guillermo. Además se está constituyendo en Alemania una sociedad formada por grandes capitalistas para la difusión y aplicación en todo el mundo civilizado de los sistemas telegráficos por Cerebotani inventados, en los cuales tienen gran confianza los iniciadores de la idea.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBÉRES 1894 +
DE APIOL DE LOS DES JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE APIOL DE LOS DES JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BI BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FONDUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 EL MISMO AL YODURO DE POTASIO TRATAMIENTO Complementario del ASMA Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA
 es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afeciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Empleado con el mejor éxito Bronquitis, Asma, etc.

El más eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empequecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
GELIS & CONTE Grageas al Lactato de Hierro de
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ERGOTINA BONJEAN y Grageas de HEMOSTATICO el más PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^a de F^a de Paris
 LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Descartadas de las Imitaciones.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Jarabe Laroze DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DES JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^a BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION ASMA y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias. 25 años de éxito. Med. Oro y Plata J. PERRÉ y C^{ie}, Vicos. 102, R. Richelieu, Paris.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abacoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

OBESIDAD tratada con éxito desde hace 30 años con las
PÍLDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
 En las principales Farmacias
 del D^r SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
 Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores.

PERFILES Y BROCHAZOS, por Narciso Oller, traducidos del catalán por M. Morera Galicia. — Nueva prueba del acierto que preside en la elección de obras para su «Biblioteca Elzevir ilustrada» ha dado el conocido editor barcelonés don Juan Gili escogiendo para formar el tomo XVIII de la misma unas cuantas narraciones de Narciso Oller. El nombre del afamado escritor catalán es sobrado conocido para que tengamos que celebrar el mérito de los cuadros y cuentos contenidos en este tomo, admirablemente observados, fotografiados por decirlo así del natural y escritos con la maestría á que Oller nos tiene acostumbrados. La traducción del señor Morera es digna del original, con lo cual queda hecho su mejor elogio. *Perfiles y brochazos*, que lleva bonitas ilustraciones de B. Gili, véndese á dos pesetas.

L'ACCADEMIA DI SPAGNA IN ROMA. — Se ha publicado en Roma, extractándolo del número de la *Rivista politica e letteraria* del mes de abril último, un folleto que es un



PAISAJE, cuadro de Hermán Hartwich

estudio interesantísimo acerca de nuestra Academia de Bellas Artes en la capital de Italia: además de una reseña histórica, contiene muchos datos referentes á nuestros principales artistas que por la Academia han pasado y de sus obras más importantes, y algunos grabados reproducciones de cuadros y vistas del palacio en donde está instalada aquélla.

TRADICIONES Y LEYENDAS ESPAÑOLAS, por Luciano García del Real. — Se ha puesto á la venta un nuevo tomo de esta colección que con tanto éxito publica el editor barcelonés Sr. Tasso. Contiene quince leyendas históricas y tres familiares, interesantes y bien escritas todas ellas, constituyendo una serie de lecturas tan amenas como instructivas. Véndese á cuatro reales.

PAMPLINAS, por Vital Aza. — Con decir que este libro contiene cincuenta y una composiciones en verso de Vital Aza, del poeta fecundo y fácil como pocos, y como pocos chistoso de buena ley, queda hecho el mejor elogio de esta obra, que constituye el tomo 66 de la «Colección Diamante» que con tanto acierto como éxito publica en Barcelona D. Antonio López. Véndese á 50 céntimos.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emanegogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

GARGANTA

VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES

DEL
ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.*
102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del pecho y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILAVORE*. DUSSEY, 4, rue J.-J. Rousseau, Paris.